

OLIVIA KISS

CASSIE Y EL CHICO
DE COLORES



SERIE FAMILIA REED #3

**CASSIE Y EL CHICO
DE COLORES**

Sinopsis Cassie es alocada, impredecible y lleva toda su vida soñando con dedicarse a la pintura. Por eso, cuando por fin consigue una beca para mudarse a Nueva York, no se lo piensa dos veces antes de hacer las maletas, a pesar de lo mucho que echará de menos a su excéntrica familia. Lo que no imaginaba era que, al empezar sus clases, tendría un flechazo inmediato. Cassie cree haber encontrado a su media naranja. ¿El problema? Que Izan Channing no solo es guapísimo y misterioso, sino también inalcanzable, porque, aunque Cassie está segura de que entre ellos hay una química especial, él no parece dispuesto a ponerle las cosas fáciles. ¿Podrá Cassie convencerlo de que están hechos el uno para el otro?

Contenido

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

7

8

9

10

11

12

13

Prólogo

(Unos años antes)

La abuela les sonrió a sus nietos, que la miraban suplicantes. Todos parecían ansiosos por conocer su futuro, pero había un brillo especial en los ojos de Marian y algo escondido en el cejo fruncido de Caleb, el mayor de los hijos de los Reed. Las gemelas, que eran las más pequeñas, Agatha y Cassie, no daban la impresión de estar tan interesadas en eso de averiguar qué les depararía la vida a través de unas cartas que parecían tener poco de *magia*, pero se mantenían expectantes tan solo por seguirles el juego a los otros dos.

—Venga, abuela, por favor, por favor... —suplicó Marian.

—No sé si es una buena idea —dijo la mujer con un suspiro.

—Eso es porque no es verdad —protestó Caleb.

—Tú siempre tan incrédulo. —Le revolvió el pelo.

Caleb gruñó por lo bajo, pero no se apartó. Era una tarde de verano y los cuatro hermanos estaban en el porche de casa, alrededor de la mecedora donde su abuela se balanceaba mientras tejía una bufanda para el invierno. Se suponía que la anciana tenía un don para predecir el futuro. A menudo, vecinos o gente de todo el condado se acercaba a la casa de la familia Reed tan solo para que Agnes les tirase las cartas. Ella se negaba a cobrarles, pero, aun así, la mayoría solían traerle regalos o decían estar en deuda con ella.

—Vamos, porfi, abuela —insistió Marian.

—Si vuestros padres llegan a enterarse...

—¡Pero no lo harán! Están de vacaciones.

—Guardaremos el secreto. —Cassie sonrió.

La abuela Agnes miró a sus cuatro nietos, que se mostraban decididos a jugar con el destino. Su hijo y su nuera la habían dejado a su cuidado aquel verano durante una semana para disfrutar por primera vez de unos días de relax a solas en un resort cerca de la costa, pero las normas siempre habían sido claras: nada de leerles las cartas a los chicos. Algo que, en parte, Agnes apoyaba. Sin embargo, su firmeza se tambaleó al ver la desconfianza en el rostro de Caleb y la ilusión en el de Marian, Cassie y Agatha también parecían tan contentas...

¿Qué daño podía hacer un pequeño detallito de nada?

—Está bien, pero algo sencillo. Y ni una palabra de esto.

—Prometido. —Marian dio un par de saltitos, animada.

—Veamos... primero tú, Caleb. —La abuela dejó a un lado la bolsa llena

de lana y cogió las cartas que siempre llevaba en el bolsillo de su bata holgada. Las barajó y luego le pidió a él que partiese el montón en dos y eligiese cinco. Les dio la vuelta sobre la mesa, suspiró y se guardó para ella una sonrisa al ver su destino—. Solo te diré una cosa. —Se subió las gafas mientras su nieto esperaba con atención—. Ella tiene el pelo rosa y está destinada a poner tu mundo patas arriba. Ahora tú, Marian.

—¿Y eso es todo? —se quejó Caleb.

—He dicho algo *pequeño*. —La abuela ignoró sus resoplidos y se centró en la siguiente nieta—. Oh, esto es... interesante e inesperado. Un chico de ojos azules...

—¿Y qué más? —Marian estaba emocionada.

—El resto tendrás que descubrirlo tú, cielo.

—Jo, abuela.

—Nada de protestas. Ven, Cassie, elige tus cartas. —Una de las dos gemelas avanzó y cortó el montón con impaciencia—. Vaya, veo a un chico de colores.

—¡Qué divertido! —Cassie sonrió.

—Y por último tú, Agatha, cielo.

Agatha, que era mucho más reservada que su gemela Cassie, miró las cartas con cierta desconfianza antes de suspirar en señal de rendición y elegir las suyas. La abuela las contempló unos instantes con curiosidad y finalmente asintió satisfecha.

—Tatuajes. Veo muchos tatuajes —concluyó.

Media hora más tarde, los cuatro nietos disfrutaban del verano en el jardín de casa, ajenos a la abuela que los observaba con una sonrisa desde su mecedora, después de asegurarse de que no siempre el futuro sería fácil para ellos, pero que todos tendrían al alcance de sus manos el amor, si es que estaban dispuestos a verlo y creer en ello...

El día que supe que me habían admitido en una de las mejores escuelas de arte de Nueva York, fue uno de los mejores de mi vida. Para ser sincera conmigo misma, ya había perdido toda esperanza. Al contrario que mi hermana gemela, Agatha, yo nunca había destacado por tener unas notas excelentes o ser aplicada y responsable. Es más, solía distraerme con una facilidad pasmosa. Una mosca volando era suficiente entretenimiento como para que perdiese toda una tarde productiva. Así que había terminado por graduarme en el instituto con una media bastante baja y durante mi etapa escolar tampoco llamé la atención por ser una buena deportista, como Caleb, o tener un claro don para la cocina y la repostería, como era el caso de mi hermana Marian, que acababa de abrir una pastelería.

Lo único que yo sabía hacer era pintar y siempre tenía la sensación de que no lo hacía lo suficientemente bien. Supongo que por esa razón me costaba tanto enseñarle a mi familia y a mis amigos mi cuaderno de dibujo, ese que acostumbraba a llevar a todas partes debajo del brazo y donde me desahogaba cuando las emociones me pedían que las plasmase en una hoja de papel. Yo sabía que dibujaba de una forma rara, casi siempre con las líneas muy rectas y angulosas (o por eso me riñó una vez una profesora de plástica años atrás, en el colegio), pero no sabía hacerlo de otra manera: era mi estilo personal.

Por esa razón ya había perdido toda esperanza de que fuesen a admitirme en una escuela de arte. Y, sin embargo, ante las insistencias de mi hermana Agatha y de la abuela durante una tarde en casa, terminé rellenando la solitud y mandándola por correo.

Ahora ahí estaba, haciendo las maletas en mi habitación, a solas. Hacía una semana que Agatha había empezado la universidad tras decidir pasar el verano en casa para estar más cerca de nosotros y de su novio, Daniel, y ahora era mi turno de marcharme. Por esa razón mi madre lloraba desconsolada en el salón mientras mi padre intentaba calmarla sin éxito.

Suspiré al bajar con mi equipaje a cuestas y verla.

—No llores más, mamá —le rogué.

—Es que... mis pequeños... todos se han ido.

—Es como tienen que ser las cosas. —Mi padre la abrazó—. Además, te recuerdo que ahora tenemos un nieto en camino. Marian va a necesitar que la ayudes con la pastelería y que lo cuidemos mientras trabaja. Toma el pañuelo.

Mi madre se sonó mientras asentía con la cabeza.

—Es verdad —dijo.

—Claro que sí. —Papá sonrió.

El verano anterior había sido Marian quien se había marchado de casa para empezar a compartir su vida con Asher y ahora estaban esperando un hijo. Caleb hacía tiempo que había decidido dar vueltas por el mundo y volver a casa solo de vez en cuando, por temporadas cortas, normalmente cuando necesitaba decidir su próximo destino. Agatha había entrado en la carrera de medicina y se había ido a la universidad. Y ahora yo me marchaba a Nueva York.

Viendo a mi madre con los ojos rojos de llorar, podía comprender que aquello le pillase muy de golpe y que la entristeciese no vernos tanto como antes. Pero mi padre tenía razón: debía ser así, incluso aunque a mí me doliese y no por ella, que sabía que tenía a papá y a Marian, a Asher y a ese nieto que pronto aumentaría la familia... sino por la abuela.

Me acerqué a ella, que estaba sentada en el porche.

Era una mañana a principios de septiembre, pero hacía sol.

—Abuela —la llamé bajito para no asustarla.

—¿Ya te marchas, mi cielo? —me preguntó.

Cuando la miré a los ojos tuve que contener las lágrimas. La abuela Agnes era mi persona favorita del mundo. Siempre había sentido una conexión especial con ella, un lazo que nos unía. Yo era la única de todos mis hermanos que había creído en su magia desde el principio, en que tenía un don y que era alguien excepcional.

Me había sentido comprendida por mi abuela desde pequeña, cuando hacía travesuras y también cuando crecí y me calificaban de loca. Las dos teníamos una energía vibrante y fe en las cosas invisibles, aunque ella cada vez se mostrase más apagada por culpa de la enfermedad. El alzhéimer era mi mayor enemigo desde que se lo habían diagnosticado.

—Sí, mi tren sale en una hora —contesté.

—Ven aquí, Cassie, acércate a tu abuela.

Lo hice y ella me acarició las mejillas antes de besarme. A veces me olvidaba de lo mayor que era ya, con la piel apergaminada, los ojos velados, los labios cada vez más finos y arrugados, las manos temblorosas...

—No sé cómo voy a vivir sin ti —dije.

—Oh, podrás, seguro que podrás.

—No lo creo —insistí como una niña pequeña.

—Claro. Y lo harás no solo ahora que te vas, sino también cuando lo

haga yo.

—No hables de eso, abuela. —La abracé.

—La muerte es ley de vida, cariño. —Suspiró y sonrió. Aquel día estaba extrañamente despierta y me alegré de que al menos fuese a ser consciente de los últimos momentos que pasásemos juntas antes de que me mudase a Nueva York. No sabía aún cuándo podría volver a visitarla—. Además, en algún momento tendré que reencontrarme con tu abuelo. Seguro que está cansado ya de esperarme...

Sonreí, porque yo también creía igual que ella que las almas se reencontraban después de la muerte y que la vida que conocíamos era solo el principio de todo lo que existía.

—Pues que te espere un poco más —me quejé.

—Ven, deja que te dé otro beso antes de que te vayas. —Lo hizo—. Y recuerda, Cassie, sé siempre tú misma, ¿de acuerdo? Da igual dónde estés, si en este pueblo perdido en el que has crecido o en la gran ciudad.

—Claro, abuela.

—Y cuidado con tu impaciencia.

—Lo intentaré. —Me reí.

—Pero no olvides escuchar a tu instinto.

—No lo haré.

Papá salió en ese momento de casa, acompañado por mi madre, que estaba terminando de sonarse con otro pañuelo.

—¿Estás lista? —me preguntó.

—Creo que sí.

Nueva York era lo opuesto a todo lo que había conocido hasta ese momento. Si Beaufort se caracterizaba por la vida tranquila y porque todos sus vecinos se conocían entre ellos, la gran ciudad era al revés. Nadie parecía prestarme atención mientras caminaba por las abarrotadas calles arrastrando mi maleta como buenamente podía. Nadie se paró de repente y me preguntó si necesitaba que me echasen una mano. Y nadie se mostró sorprendido por el nuevo tono que teñía las puntas de mi pelo de azul, ni por la ropa alegre y llamativa que acostumbraba a llevar, ni el piercing que colgaba de mi nariz. En Beaufort era rara y estrafalaria. En Nueva York tan solo era una chica más, casi discreta.

Me costó una eternidad llegar hasta el rellano del edificio en el que había alquilado una habitación. Una voz gritona contestó cuando llamé al timbre.

—Soy Cassie, llamé hace una semana al ver un anuncio en internet...

—¡Sube, querida! —exclamó.

Eso hice. No había ascensor, así que tardé casi diez minutos en subir mi equipaje hasta el tercer piso, donde una de las puertas estaba abierta. Dentro sonaba una canción latina y olía a curry o algún aroma similar. Me asomé un poco confundida.

—¿Hola? —pregunté gritando.

Un chico de cabello puntiagudo se asomó con una sonrisa. Llevaba un jersey navideño con un reno en medio, aunque estábamos en septiembre, y me abrazó como si nos conociésemos desde hacía años y acabásemos de reencontrarnos.

—Cassie, qué monada. Ya pensábamos que te habías perdido.

—¿Eres Richard? —Quise saber.

—El mismo. Vamos, entra, Fred está preparando arroz.

Dejé las maletas en el recibidor y seguí a Richard hasta la cocina, donde había un joven de cabello rubio y liso. Esperé mientras se daban un beso en los labios. Luego Fred se giró hacia mí y sacó del cazo una cuchara llena de arroz.

—Toma, pruébalo, debes de estar hambrienta después del viaje.

Me metí la cuchara en la boca, lo degusté y sonreí.

—Está riquísimo. —Era verdad.

—Fred trabaja en el restaurante de uno de los mejores hoteles de la ciudad —explicó Richard sin dejar de mirar con orgullo a su novio—. Es una

de las ventajas de vivir con nosotros, siempre tendrás un plato caliente que llevarte a la boca.

—Gracias. —Les sonreí a los dos.

—¿Quieres ver tu dormitorio?

—Claro.

Seguí a Richard mientras Fred terminaba de hacer la comida. Me enseñó mi habitación. Era pequeña, sencilla, con una mesita de pino al lado de la cama cubierta por una colcha de flores y un armario en el que apenas iba a caber la mitad de mi ropa. Aun así, no podía dejar de sonreír de oreja a oreja como una tonta. Llevaba años esperando aquel momento. Allí, en esa ciudad llena de gente que no parecía dada a juzgar a los demás tan solo por tener un aspecto físico diferente, me sentí como en casa de repente.

Un rato después, mientras los tres comíamos en el salón, empezamos a conocernos mejor. Fred trabajaba junto a uno de los cocineros más prestigiosos del momento y soñaba con montar algún día su propio negocio. Richard, en cambio, acababa de terminar la carrera de literatura y, como tan solo conseguía trabajos esporádicos en algunos colegios, habían decidido que sería una buena idea alquilar la habitación que tenían libre para tener un dinero extra. Yo asentía encantada mientras los escuchaba. Eran geniales.

—¿Y qué hay de ti? ¿Qué te trae a la ciudad?

—Me han concedido una beca.

—¿De qué? —preguntó Fred.

—En una academia de arte. —Me limpié con una servilleta—. Pensaba que no iban a admitirme porque nunca he tenido unas notas brillantes, pero al parecer les gustó los trabajos que mandé junto a mi historial académico.

—¿Cuándo empiezas?

—Dentro de tres días, pero esta tarde tengo que acercarme para que me den el horario de las clases —expliqué todavía sonriendo.

—¿Necesitas que te acompañemos?

—Gracias, pero creo que me apañaré.

No es que me molestase su compañía, al contrario, los dos eran encantadores y supe desde ese primer día que nos íbamos a llevar más que bien. Pero quería moverme por la ciudad por mi cuenta y sentirme como una de esas chicas de las películas que llegan a Nueva York con los bolsillos vacíos y el corazón lleno de ilusiones y sueños por cumplir.

Así que, cuando reposé un poco la comida, cogí mi bolso y, sin deshacer aún la maleta, me despedí de Richard y Fred y salí del apartamento. Tenía que

coger un metro para llegar a la academia. Hasta eso me hizo ilusión al ser la primera vez.

El edificio era majestuoso, con dos columnas blancas a los lados. No me lo pensé demasiado antes de subir la escalinata principal y entrar por la puerta. Vi salir a algunos alumnos y sonreí al pensar que dentro de apenas unos días yo estaría ahí mismo, haciendo lo único que sabía hacer en el mundo y lo que más me gustaba. Pintar.

Era tan perfecto que apenas podía creérmelo.

Caminé por los pasillos que a aquellas horas ya estaban casi vacíos, porque quedaban pocas clases antes de que anocheciera. Cuando llegué a recepción, donde tenían que darme el horario, descubrí que no había nadie en ese momento que pudiese atenderme, así que decidí dar una vuelta por mi cuenta para ver las instalaciones.

No podía quitarme la sonrisa de la cara. Me di cuenta de que llevaba sonriendo desde que había llegado a Nueva York como hacía mucho tiempo que no ocurría, de una manera automática, sincera y llena de ilusión. En ese momento quería comerme el mundo.

Me interné en uno de los pasillos y, al llegar al final, vi que una de las puertas estaba entreabierta. Me acerqué sin hacer ruido, como si algo acabase de llamar poderosamente mi atención, aunque aún no había podido ver qué había dentro. Me incliné al llegar allí y me quedé observando a un chico que estaba de espaldas, delante de un lienzo lleno de color.

El chico tenía el pelo oscuro y alborotado, un poco rizado en la zona de la nuca. Iba vestido de calle, sin bata, aunque no parecía tener ningún cuidado mientras moví el pincel por el lienzo que estaba cobrando vida conforme pasaban los segundos.

Sentí un escalofrío. No supe por qué.

Fruncí el ceño, contrariada. Me fijé en la tensión que había en sus hombros y que parecía disiparse conforme pintaba más y más. Había en él algo magnético, una sensación que no podía explicar. Siempre había sido muy de dejarme llevar por mi intuición, pero en ese momento lo único que era capaz de hacer era estar allí parada mirándolo a escondidas incluso a sabiendas de que en cualquier momento podría darse la vuelta y descubrirme.

La curiosidad era superior a todo lo demás.

Bajé la mirada por su espalda y descubrí que tenía un buen trasero y que los vaqueros que vestía estaban llenos de pequeñas salpicaduras. ¿Quién era ese chico y por qué parecía pintar como si no le importase nada más en el

cuando desde que tenía uso de razón jamás me había puesto así de nerviosa—. ¿Puedo verlo mejor? —pregunté señalando el cuadro que él tenía delante.

A él no pareció entusiasmarle la idea, pero se apartó para invitarme a pasar y entré en la habitación sin dudar. Conforme me acercaba, la atracción se hizo más y más fuerte. Me dije que también tendría que notarlo, ¿no? No era posible que solo fuese cosa mía o eso quería pensar. Aguanté la respiración cuando noté lo bien que olía él, a pintura y a algo más entremezclado, y me obligué a mirar el cuadro lleno de colores.

—Es precioso —dije—. Muy colorido.

—No era eso lo que pretendía...

—Ya sé que no querías mostrar alegría —lo corté y entonces sí, él se sorprendió y alzó las cejas. Me miró intrigado—. A mí me parece que aquí hay mucha rabia.

Tardó un poco en sonreír y yo lo hice también satisfecha por haber acertado. Él aún no lo sabía, pero en mi interior ya tenía la sensación de que lo conocía. Me froté las manos, llena de nervios. Estaba al lado de mi chico de colores. Tan solo nos separaban unos centímetros de distancia y el corazón se me iba a salir del pecho porque llevaba toda la vida esperando ese momento, desde que era pequeña y la abuela nos habló de nuestro destino durante una tarde de verano en el porche de casa.

Yo había sido la única de los cuatro que confió en su palabra desde el principio, a ciegas y sin necesidad de ninguna prueba. Sencillamente siempre había creído en lo sobrenatural, en el destino y en que hay almas hechas para encontrarse.

Marian lo había hecho.

Y Agatha también.

Ahora era mi turno.

Quería saltar de felicidad como una loca.

—No es mi mejor trabajo, tan solo me apetecía pintar —dijo él.

—A mí me parece muy bueno. Lo colgaría en mi casa. Si tuviese una propia.

Se rio al escuchar mi respuesta y eso me gustó.

Vi que empezaba a limpiar los pinceles.

Eso ya no me gustó tanto...

Porque si una cosa tuve clara en ese momento, fue que no pensaba dejarlo escapar. Llevaba demasiado tiempo soñando con aquel momento. Al parecer, no solo iba a cumplir mi sueño de estudiar en aquella academia, sino que

además por fin conocería el amor de verdad. Estaba cansada de líos de una noche, relaciones esporádicas y fallidas y promesas que no conducían a ninguna parte porque no provenían de la persona adecuada. Él.

Por suerte, nunca había sido de esa clase de chicas que esperan sentadas hasta que el príncipe azul se decide a pedirles una cita.

—Oye, acabo de llegar a la ciudad hace tan solo unas horas y me preguntaba si tienes planes para esta noche. Podríamos tomar algo y ponernos al día sobre el curso...

Él sopesó mis palabras. Vi el deseo en sus ojos, pero negó.

—Lo siento, no creo que sea una buena idea.

—¿Por qué no?

—Tengo que irme ya. Llego tarde.

Movió el lienzo a un lado, todavía encima del caballete, y no se molestó en recoger las pinturas. Se giró y cogió algunas cosas personales que había sobre una mesa blanca.

—Pero... —balbuceé confusa.

—Nos vemos —se despidió.

Me quedé anonadada viendo cómo se marchaba.

Puede que fuese la primera vez en mi vida que un hombre me rechazaba. Y justo lo había hecho él. Mi chico de colores. ¡No me lo podía creer!

En ese momento justo sonó mi teléfono.

En la soledad del aula, descolgué la llamada de mi hermana Agatha. Apenas habíamos pasado tiempo separadas y ya tenía la sensación de que llevaba una eternidad sin verla. Suponía que era normal teniendo en cuenta que éramos gemelas y que habíamos estado toda la vida siendo como uña y carne, inseparables a pesar de lo diferentes que éramos.

—¿Qué tal estás? ¿Has llegado bien? —preguntó.

—Sí, llegué hace unas horas —dije intentando recobrar la normalidad.

—¿Qué te pasa? Suenas rara.

Solo Agatha podía conocerme así.

—No te lo vas a creer.

—Prueba a ver.

—Lo he conocido.

—¿A quién?

—EL CHICO. El mío.

—Cassie, estás loca.

—Lo digo en serio, no me vengas con esas. Tienes pruebas suficientes

para aceptar que la abuela tuvo razón en todo. —Agatha se quedó callada al otro lado del teléfono, lo que en su caso era un sí silencioso, por mucho que a su mente analítica y científica le hubiese costado aceptarlo—. Lo he sabido en cuanto lo he visto. Y no solo porque estaba lleno de salpicaduras de colores, literalmente, sino por la sensación. Pensaba que el corazón se me iba a salir del pecho. Y es... guapísimo. Y... un idiota —concluí.

—¿Un idiota? ¿Por qué?

—Le he pedido salir.

—¿Y?

—Me ha rechazado.

—No me lo creo.

—Lo ha hecho —repetí asimilándolo—. Es decir, que cuando por fin encuentro a mi chico de colores, resulta que no le intereso lo más mínimo.

Recordé la curiosidad y el deseo que había visto en su mirada pero que rápidamente él había ocultado y tuve dudas. Algo no me encajaba, aunque no sabía el qué.

—Conociéndote, quizá hayas sido un poco directa.

—Bueno, un poquito sí.

—Eso puede asustar.

—¿Por qué? Los tíos lo hacen todo el tiempo.

—También es verdad —contestó Agatha—. Ten paciencia, quizás vuelvas a encontrártelo pronto. Deja que sea él quien haga el siguiente movimiento.

—Ya. —Me mordí las uñas, nerviosa, porque no estaba acostumbrada a quedarme de brazos cruzados sin hacer nada. Yo era de las que actuaba sin pensar, aunque por culpa de mi impulsividad metiese la pata cada dos por tres.

—Eso significa que no vas a hacerme ni caso, ¿verdad?

—Cómo me conoces, hermanita.

Agatha se rio y después me dijo que tenía que colgarme, pero que la mantuviese al tanto de todo lo que estaba ocurriendo. Yo me quedé unos minutos más observando el cuadro de colores, pensativa, dándole vueltas a lo que había ocurrido. Luego fui hasta la recepción, conseguí mi horario, llamé a mis padres para dejarlos tranquilos y regresé a casa en el metro con la alegría de saber que, al menos, Richard y Fred estarían esperándome en el apartamento con mucha más simpatía de la que tenía mi chico de colores.

El primer día de clases me sentía como cuando tenía diez años y empezaba el curso escolar: nerviosa y llena de expectativas. No tenía claro qué meter en el maletín que mi hermano Caleb me había regalado cuando se enteró de que me habían concedido la beca. Tampoco sabía si coger todo el material de pintura o si no sería necesario. Al final, Richard fue el que me sacó de aquel trance antes de que terminase llegando tarde.

—Pero ¿qué estás haciendo, cariño?

—Nada, intentaba decidirme.

—Sabes que vas a llegar tarde, ¿verdad?

Richard llevaba puesta una camiseta en la que podía leerse: “*si no te gusta lo que ves, no mires*”. Sonreí porque me encantaba ese lema. Yo pensaba lo mismo. Suspiré dramáticamente.

—Estoy un poco bloqueada.

—Ya veo.

—Es por los nervios...

—Hagamos una cosa: coge lo básico y nos vemos en el recibidor en cinco minutos, ¿de acuerdo? Te acompañaré hasta la academia, tengo que recoger unas cosas allí cerca.

—Genial. Gracias. —Le sonreí feliz.

Lo que no le conté fue que estaba tan acostumbrada a hacerlo todo con mi familia, y especialmente con mi hermana Agatha, que ahora me resultaba raro valerme tan solo por mí misma en la gran ciudad, aunque estaba más que contenta por tener la oportunidad de estar allí. Era mi sueño. Solo que incluso los mejores sueños tienen sus partes negativas.

Richard y yo hicimos juntos el trayecto de metro.

Mientras dejábamos atrás las paradas, volvió a sonsacarme el tema del chico de colores. Se lo había contado tanto a él como a su novio en cuanto llegué al apartamento. A diferencia de mis hermanas, yo era abierta y no me daba ninguna vergüenza admitir que creía firmemente en el destino y en las palabras de mi abuela.

Por suerte, Richard y Fred también eran de los que tenían en cuenta las señales. Ellos mismos se habían conocido gracias a una serie de casualidades de lo más rocambolesca (Fred sufrió una intoxicación alimentaria cuando fue a probar el nuevo menú de un restaurante, Richard se había roto la muñeca jugando al baloncesto, acabaron en la misma sala de urgencias y cuando se

vieron y tuvieron un flechazo los dos tenían el aspecto de que un camión acabase de pasarles por encima, así que supieron que era amor del bueno).

—¿Qué piensas hacer si lo ves? —insistió.

—Aún no lo sé. Creo que antes tantearé el terreno.

Era verdad. Me había desconcertado la actitud de ese hombre. No estaba acostumbrada a que me descolocasen así. Pero tenía sentido, porque si hubiese sido alguien más, común, no hubiese notado ese vuelco en el estómago que me sacudió en cuanto lo vi.

—Seguro que te lo encuentras. —Richard sonrió.

—Eso espero.

Me ponía nerviosa el mero hecho de pensar en verlo de nuevo. Era sorprendente que una persona con la que apenas había intercambiado algunas palabras me hiciese sentir de esa manera. Seguro que mi hermana se hubiese partido de risa si estuviese aquí para verlo, pensé. Hasta ese momento, siempre había llevado las riendas. Ahora ya no.

¿Por qué había rechazado mi invitación?

No podía quitármelo de la cabeza...

—Todo fue muy raro —dije.

—Quizá tenga novia.

—Ya. Lo he pensado.

—Si es el caso, tu abuela te la ha liado bien —bromeó.

No pude evitar reírme. Puede que fuese cierto, quizás la felicidad estaba más lejos de lo que creía. Yo siempre había soñado con un amor ideal, de esos de cuentos de hadas. Había tenido claro que cuando apareciese mi chico de colores lo sabría al instante, y así había sido, y que luego nos enamoráramos, disfrutaríamos de unos meses idílicos y más adelante nos iríamos a vivir juntos, nos casaríamos, tendríamos hijos...

Yo era así, de las de los finales felices. Todo lo opuesto a mi hermana Agatha. Y, en cambio, ahora ella tenía a su príncipe azul, un chico llamado Daniel que la adoraba, y yo había recibido a cambio a un hombre de aspecto rudo y de pocas palabras.

No estaba muy equitativa la cosa...

Ya tendría algunas palabras con la abuela.

Aunque, visto desde el lado positivo, era muy guapo. Muchísimo. Con el pelo oscuro como la noche, los ojos claros en contraste, la mirada directa y abrasadora...

—¿En qué estás pensando? Se te cae la baba.

—¿Yo? En nada, en nada. —Sacudí la cabeza.

Salimos del metro poco después y me despedí de Richard antes de dirigirme hacia el edificio de la academia. Estaba nerviosa, ya no solo por la posibilidad de ver a ese chico de nuevo, sino porque era mi primer día y casi había dado por hecho a principios de verano que no conseguiría ni de broma esa beca. Me sentía ilusionada como una niña pequeña.

Atravesé la puerta principal.

Todo estaba lleno de alumnos que llenaban los pasillos. Allí, junto a esas personas diversas y diferentes sin que les importase llamar la atención o qué pensarían los demás, me sentí como en casa de inmediato. Sonreí y saqué de mi maletín el horario que había recogido días atrás. Me tocaba clase con una tal Miranda Walford.

Era una de las asignaturas más enfocadas a la parte técnica, así que la dábamos en pupitres. Me senté en el mío y atendí durante el resto de la hora las explicaciones de Miranda que nos resumió en qué iba a consistir el curso y nos advirtió de que era exigente. Me gustó de inmediato; parecía seria, pero efectiva. Daba la impresión de que le gustaba su trabajo.

—Bien, la clase ha terminado. Mañana empezamos el temario.

—Genial —dije bajito mientras recogía la libreta en la que había estado apuntando cosas. Eché un vistazo a mi alrededor, pero no había ni rastro del chico...

Salí de allí con el horario bajo el brazo. Como la siguiente hora tocaba en el otro extremo del edificio, decidí ir al servicio antes.

Error.

Cuando salí y me propuse encontrar el aula, me perdí dos veces. Terminé regresando sobre mis pasos hasta la recepción para preguntar si era la puerta D3. Y no, al parecer, según me dijo la chica, lo había apuntado mal días atrás, era la C3.

De modo que terminé corriendo por los pasillos cargada con el maletín. Cuando llegué hasta la puerta de la clase del profesor Izan Chaning, estaba tan alterada que olvidé llamar, directamente abrí mientras respiraba como un rinoceronte tras la carrera.

—Llegas tarde —dijo una voz familiar.

Parpadeé confundida.

Ahí, justo en medio del aula, estaba mi chico de colores.

¿Qué estaba haciendo parado en medio de la clase...?

—Puedes pasar. Siéntate al fondo —siguió diciendo.

Solo entonces lo comprendí.

Era el profesor.

Fue como si sufriese alguna especie de cortocircuito cerebral, porque ni siquiera fui capaz de contestarle. Por suerte, mis piernas sí respondieron y caminé hasta el fondo del aula, donde encontré un hueco al lado de unas chicas que iban juntas y parecían conocerse.

Me quedé congelada como una tonta mientras él se movía y explicaba en qué iba a consistir su clase durante el curso, que sería casi siempre práctica.

—El objetivo es que seáis capaces de exteriorizar lo que sentís —dijo—. El arte sin alma no es arte. Eso es lo primero que tenéis que asimilar y comprender.

—Ojalá nos enseñase él su alma —bromeó una de las chicas que tenía al lado antes de soltar una risita—. No me importaría verla del todo.

—Es guapísimo —contestó la otra embobada.

Miré al mi alrededor y me di cuenta de que buena parte del público femenino (y alguno del masculino) lo miraba con los ojos haciéndoles chiribitas. Suspiré profundamente. No podía creerme que al fin encontrase a mi media naranja y que estuviese tan fuera de mi alcance, casi como si él se encontrase en una punta del planeta y yo en otra.

De repente me sentí triste y afligida.

¿Qué tipo de broma del destino era aquella?

Permanecí en silencio durante toda la hora, contemplándolo desde mi sitio incapaz de pensar en nada más que en lo maravilloso que era su rostro, con esa mirada penetrante, y en lo mucho que me gustaban sus gestos, cómo movía las manos, su manera de andar de un sitio a otro, desde el ventanal hasta la puerta...

Cuando la hora llegó a su fin, seguía estando tan aletargada, que empecé a recoger cuando ya habían salido casi todos los alumnos.

Genial, iba a llegar también tarde a la siguiente.

—De ahora en adelante, sé más puntual.

Levanté la vista hacia Izan, que me hablaba serio.

—Yo... Lo siento mucho...

—Ya.

Vi el reconocimiento en su voz. Estaba claro que me había reconocido como la chica que estuvo observándolo días atrás y le pidió una cita. Ahora parecía querer marcar las distancias, dejar claro cuál era su posición y la mía. En otras circunstancias le hubiese contestado, pero en esos momentos no era

yo misma en absoluto.

Así que no dije nada más antes de salir de la clase con su mirada clara atravesándome la espalda de una manera tan intensa que me empezaron a temblar las piernas.

Aguanté el resto del día como buenamente pude.

Cuando salí de allí, en el metro, le escribí a mi hermana.

De Cassie Reed.

Para Agatha Reed.

No te lo vas a creer... Mi chico de colores es también mi profesor. ¿Qué broma es esta? ¡Estoy gafada! Jamás conseguiré conocer el amor de verdad.

De Agatha Reed.

Para Cassie Reed.

¿Lo dices en serio? ¡No me lo puedo creer!

De Cassie Reed.

Para Agatha Reed.

Tal y como lo lees. ¿Cuántas probabilidades había de que sucediese algo así?

De Agatha Reed.

Para Cassie Reed.

¿De verdad quieres que las calcule? Porque sabes que podría hacerlo...

De Cassie Reed.

Para Agatha Reed.

No era una pregunta que precisase una respuesta literal. Cálmate, cerebritito.

¿Qué tal te ha ido el día en la universidad? ¿Sabes algo de Daniel?

De Agatha Reed.

Para Cassie Reed.

Todo bien, ya me he organizado el próximo semestre en el calendario. Si necesitas que estructure tus horarios... ya sabes, solo tienes que pedírmelo y seguro que tu vida sería mucho más sencilla.

En cuanto a Daniel... ¡estoy tan contenta! ¡Ha aprobado el examen! En

breve empezará el curso de trabajo social y, ¿quién sabe?, quizá cuando termine busque trabajo y se mude aquí.

Sonreí. Mi hermana había dudado mucho sobre si darle una oportunidad a Daniel Kurt, porque ella era terca como una mula, pero finalmente había decidido arriesgarse y ya llevaban saliendo juntos todo el verano. La familia entera solía divertirse a su costa porque, los más fríos en apariencia, al final habían resultado ser los más acaramelados.

¿El único inconveniente?

Que, exceptuando cuando lograban escaparse para verse como si fuesen los nuevos Romeo y Julieta, mantenían una relación a distancia porque mi hermana había empezado a estudiar medicina en la mejor universidad del país, como bien prometían sus calificaciones desde bien pequeña; cuando ella sacaba dieces y yo cinco raspados.

De Cassie Reed.

Para Agatha Reed.

Me alegro mucho por ti, lo sabes, ¿verdad? Seguro que aprobará y pronto podréis estar más cerca.

En cuanto a la organización del semestre... lo siento, prefiero seguir viviendo en el caos.

De Agatha Reed.

Para Cassie Reed.

Algún día te rendirás y me dejarás meterle mano al caos de tu vida.

Entonces, ¿qué pasa con él? Por cierto, no me has dicho cómo se llama.

De Cassie Reed.

Para Agatha Reed.

Pues con él... más bien será qué no pasa, ¿no?

Y se llama Izan Chaning. Y, ¡demonios, Agatha! Es una situación terrible. Tendrías que verlo, no te haces una idea de lo guapo que es... y de la mirada que tiene...

De Agatha Reed.

Para Cassie Reed.

¿Estás segura de que es tu chico de colores?

De Cassie Reed.

Para Agatha Reed.

Veamos, nunca había visto a alguien y se me habían disparado las pulsaciones, acelerado el corazón y secado la boca. Todo eso observándolo de espaldas, incluso antes de que se girase. Por supuesto que es ÉL, no hay otra explicación. Y tiene un cartel de “prohibido” en la frente.

De Agatha Reed.

Para Cassie Reed.

Si tan segura estás... ¿desde cuando uno de esos carteles te ha impedido saltarte las normas e ir a por lo que quieres? Porque la Cassie que yo conozco no renunciaría por las buenas.

De Cassie Reed.

Para Agatha Reed.

Ya lo sé. Tienes razón.

De Agatha Reed.

Para Cassie Reed.

Entonces, estás tramando algo, ¿verdad?

De Cassie Reed.

Para Agatha Reed.

Qué bien me conoces, hermanita.

No me tocó clase con Izan hasta dos días después.

A lo largo de esos días, creo que pensé en unas mil formas diferentes de afrontar la situación. Si no hubiese sido una romántica empedernida durante toda mi vida y llevase años soñando cada noche con conocer a mi chico de colores, quizás podría haberlo dejado correr, pero no era el caso. Yo deseaba con todas mis fuerzas encontrar a esa persona que pusiese mi mundo del revés. Hasta ese momento, todas mis relaciones habían sido fallidas, un poco vacías y sin demasiada carga emocional. Cuando rompíamos, no me encerraba en casa a comer helado y ver la televisión, más bien me sentía casi liberada, porque siempre había tenido la sensación de que no era el adecuado y mi media naranja seguía por ahí fuera.

Ahora sabía que mi media naranja tendría unos veintitantos años, los ojos más bonitos y verdes del mundo, y era profesor de arte. No tenía muchos más datos sobre él, pero me había bastado verlo pintar para saber que tenía que conocerlo.

El problema era... ¿cómo?

Mi hermana tenía razón. Yo no era de ese tipo de chicas que se rinden a la primera de cambio o que esperan sentadas hasta que el príncipe llama a su puerta con un anillo en el bolsillo y un ramo de rosas en la mano. Era todo lo contrario. De las que abrían la boca antes de pensar en qué decir, de las que se lanzaban al vacío sin meditarlo antes, de las que lo fastidiaban todo una y mil veces porque eran incapaces de quedarse quietas y calladas.

Había intentado cambiar sin éxito.

Ahora por fin me había aceptado.

Lo que significaba que pensaba ser fiel a mí misma y a mis principios. Y lo que me gritaba mi corazón era que intentase conquistar a Izan, por difícil que fuese. A mi cabeza no la escuché porque nunca lo hacía, sencillamente dejé a un lado mi sentido común.

Por eso, cuando fui a su última clase, me quedé en una de las primeras filas, delante de uno de los numerosos lienzos que allí había en blanco. Los demás alumnos fueron llegando y él lo hizo en último lugar.

Vestía unos pantalones de color oscuro, igual que la camiseta que se ceñía a sus hombros. Su cabello negro azabache caía desordenado sobre su frente dándole un aire desenfadado y juvenil, casi tapándole un poco esos ojos que eran como esmeraldas.

No sé si fue casualidad o no, pero cuando levantó la cabeza, su mirada chocó de golpe con la mía. Yo sentí una especie de descarga en la espalda, subiendo lentamente hasta llegar a mi nuca. Si había tenido algún mínimo atisbo de duda a lo largo de los últimos días, se disipó definitivamente en ese momento. Tenía la boca seca.

Él carraspeó, apartó la vista y cogió una bata blanca que había tras la puerta para ponérsela encima de la ropa mientras los alumnos sacábamos el material de dibujo.

—Empecemos. Como ya sabéis, en esta clase no ahondaremos demasiado en la parte más técnica, sino en todo lo demás: el alma de los cuadros, lo que no se puede explicar con meras palabras. Puede que algunos crean que es absurdo, pero en mi opinión no hay nada más importante que reflejar en el lienzo quién eres y qué es lo que te distingue.

Me quedé embobada escuchándolo.

Quería abrazarlo como un koala.

Quería lanzarme a sus labios.

No solo era irresistible, sino que además le gustaba el arte y lo entendía de la misma forma que yo. Sentí un hormigueo intenso en los dedos y tomé aire.

—No había ningún libro en la hoja de información —dijo uno de los alumnos.

—Ni lo habrá —lo cortó Izan—. En mi clase vendréis a pintar. A expresaros.

—Es absolutamente maravilloso —susurró a mi lado una chica.

“*Sí, y es mío, mío, mío*”, dijo una vocecita en mi cabeza. Sonreí tontamente al darme cuenta de que si seguía por ese camino terminaría por enloquecer, pero es que no podía evitarlo, llevaba demasiado tiempo esperando ese momento y estaba tan segura de ello...

—Bien, empezaremos por algo sencillo. Tan solo pintar lo que os apetezca y os nazca. La clase de hoy dura tres horas, así que calculad en función del tiempo. Yo evaluaré los trabajos al terminar y conforme lo haga os podréis ir marchando. Salid del aula en silencio.

A continuación, se escuchó un murmullo general.

Todos nos pusimos en marcha a la vez, así que de golpe la clase se volvió un poco caótica con tantos alumnos moviéndose de un lado a otro, cogiendo caballetes, lienzos en blanco y abriendo pinturas de colores. Yo tardé unos segundos en conseguir apartar la mirada de Izan y dirigirme hacia el

final del aula para coger mi lienzo.

Pasado un rato, cuando lo tuve todo listo para empezar, respiré hondo con la vista clavada en el rectángulo blanco. ¿Qué quería plasmar? ¿Qué deseaba expresar...?

La idea me asaltó de repente y ya no pude reprimirla.

Cogí un pincel y me dejé llevar.

Las horas se convirtieron en minutos y cuando Izan comenzó a evaluar junto a cada alumno su cuadro correspondiente, seguía enfrascada en el mío. A él lo veía de reojo, acercándose a la siguiente chica, mirando la obra, asintiendo y comentándole algo en voz baja antes de que la chica empezase a recoger sus cosas para marcharse.

Uno tras otro, todos fueron abandonando el aula.

Al final, solo quedé yo y una chica limpiando sus pinceles.

—Déjame verlo. —Su voz era incluso erótica.

Se posicionó a mi lado, despertando todos mis instintos, y contempló el cuadro que aún no estaba del todo terminado. Yo ya sabía que él lo había estado mirando de reojo de vez en cuando, mientras daba vueltas por el aula. No sé si le gustó o le inquietó, pero noté en sus ojos un brillo que no pudo esconder a tiempo.

—Muy explícito —comentó.

—¿Eso es bueno? —dije.

—Depende de lo que quisieses expresar.

—Amor, pasión y deseo. Destino.

La última persona que había estado en el aula con nosotros salió en ese mismo momento tras despedirse y cerró la puerta a su espalda.

Izan me miró y supe sin lugar a duda que él también sentía esa extraña conexión, aunque era muy evidente que intentaba reprimirlo a toda costa. Tenía la mandíbula tensa, los hombros rígidos y los dedos de la mano apretados en un puño. Una corriente eléctrica parecía estar fluyendo entre los dos a pesar de la distancia que nos separaba.

Decidí ser más yo que nunca. Ir a por todas.

Le mostré una sonrisa cargada de sensualidad.

—¿Sería un aprobado, profesor?

A él no pareció gustarle mi tono. Torció el morro.

—Raspado, señorita Reed. Siga intentándolo.

Sentí la tentación de soltar un impropio, pero conseguí mantener la boca cerrada en el último momento recordando los consejos que la abuela

Agnes siempre solía darme: “*no seas tan impulsiva, Cassie, cuenta hasta diez antes de hablar y te ahorrarás más de un disgusto. Así, uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis...*” Esa vez tuve que contar casi hasta cien, porque me ponía nerviosa darme cuenta de que mi media naranja no solo era inalcanzable, sino encima un listillo que no pensaba ponerme las cosas fáciles, aunque a una parte de mí eso la excitaba.

Quizás el destino era más inteligente de lo que pensaba.

—¿Un cinco justo? —repliqué—. No lo creo.

—Deberías mantener los pies en el suelo.

—Los tengo. Mira. —Bajé la vista hasta mis zapatillas *converse* de colores chillones que yo misma había pintado un día que me aburría en casa, añadiéndole tachuelas—. Pero he hecho lo que pidió: dejarme llevar por lo que sentía. El trabajo era ese, ¿no?

Noté que por fin Izan dudaba.

Por todos los unicornios, ¡qué guapo era!

Tenía el toque justo de todo, como un cuadro perfecto y equilibrado. Un aspecto masculino, pero también una pizca andrógino, como esos modelos que estaban empezando a triunfar y tenían un aire diferente, un poco artístico. Su mirada era dura, pero también escondía una ternura llamativa. Igual que todos sus movimientos medidos.

Yo no podía dejar de admirarlo embobada.

Parecía hecho por y para mí.

—El trabajo era ese, sí, pero no creo que esto sea todo lo que puedes hacer.

Por primera vez, de forma inesperada, sus palabras me desmotivaron. Puede que Izan tuviese razón. Llevaba toda mi vida con la sensación de que no valía lo suficiente para nada, algo que no mejoraba teniendo al lado la sombra alargada de Agatha, que era perfecta en todo lo que se proponía. Yo había pasado el instituto siempre entre el cinco, el seis y algún que otro suspenso que recuperé después. Nunca se me había dado bien nada, excepto la pintura. Y cuando mandé la solicitud para entrar en la academia, ya estaba segura en un noventa y nueve por ciento de que no iba a conseguir que me admitiesen.

Así que lo que dijo me caló hondo.

—Ya. Puede ser. —Suspiré.

Solté el pincel de golpe y, tras unos segundos de pausa, comencé a recoger mis cosas, buscando el líquido para limpiar los materiales y el lazo que mantenía la bata sujeta.

—Espera.

Entonces Izan alargó la mano por sorpresa y me sujetó de la muñeca. Era lo último que me esperaba, la verdad. Que me tocara sin previo aviso, cuando evidentemente estaba un poco fuera de lugar. Con sus dedos rodeándome, sentí una especie de descarga eléctrica que, en lugar de sacudirme, me llenó de calor de una forma agradable. Él pareció notar lo mismo, porque se apartó de golpe y se mostró un tanto agitado.

Nos miramos los dos alterados.

—¿Qué ibas a decir? —insistí.

—Nada. Tan solo... —Se apartó el pelo de la frente en un gesto lleno de confusión y desconcierto—. Tan solo que no quería desmotivarte con lo que he dicho antes. Pero vi tus dibujos, los que mandaste con la solicitud, y son muy buenos. Puedes dar aún más.

—¿Viste mis dibujos? —pregunté conmovida.

—Claro. ¿Por qué si no crees que estás aquí?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Yo aposté por ti. Pedí que te admitieran. Así que no me falles.

Después de decir aquellas palabras demoledoras, salió del aula dejándome a solas y flotando por las nubes. ¿Mantener los pies en el suelo? Puede que en lo referente al trabajo fuese un buen consejo, pero en el amor eso estaba sobrevalorado.

De Cassie Reed.

Para Agatha Reed.

Es el DESTINO en toda su plenitud, Agatha.

Él ME ELIGIÓ, ¿lo entiendes? ME ELIGIÓ solo viendo mis dibujos. Por eso me admitieron en la academia. Los astros se alinearon. Izan fue el encargado de llevarme hasta él. ¿No es maravilloso?

De Agatha Reed.

Para Cassie Reed.

¿Qué droga te has tomado hoy? Cálmate.

De Cassie Reed.

Para Agatha Reed.

Eres una aguafiestas.

De Agatha Reed.

Para Cassie Reed.

No quería chafarte la ilusión, es que me acababa de levantar y ya sabes que necesito un buen café antes de ponerme a hablar de tu tema favorito: EL DESTINO. Pero sí, existe la remota posibilidad de que por una vez tengas razón. Son muchas casualidades. ¿Has hecho algún avance?

De Cassie Reed.

Para Agatha Reed.

Me tocó. Quiero decir, no “tocamientos”, tan solo me cogió de la muñeca para impedir que me diese la vuelta y luego me soltó de golpe. Fue mágico. Fuegos artificiales, unicornios rosas, mariposas volando, una estampida de dinosaurios en mi tripa, luces de neón.

En serio, nunca me había sentido así.

De Agatha Reed.

Para Cassie Reed.

Sabes que eres la persona más intensa que he conocido jamás, ¿verdad? Saturarías hasta a un oso amoroso relleno de gominolas de fresa.

Puag. Controla tu vena romántica.

Y no creas que no me alegro por tus avances, lo hago y mucho.

Conociéndote, estoy segura de que no pararás hasta conseguir lo que quieres. Tan solo me apiado del pobre Izan porque, a) va a perder su trabajo y, b) tendrá que pasarse el resto de su vida contigo, obligado a celebrar San Valentín cada 14 de febrero y a casarse en una boda por todo lo alto.

PD: Estoy bromeando, (más o menos).

De Cassie Reed.

Para Agatha Reed.

¿Por qué dices eso? Yo no quiero que pierda su trabajo.

De Agatha Reed.

Para Cassie Reed.

Si termina contigo... está claro que ocurrirá, ¿no?

De Cassie Reed.

Para Agatha Reed.

Pero eso no es justo. Adora lo que hace, se le nota en la mirada, los ojos le hacían chiribitas mientras iba recorriendo el aula y analizando todos los lienzos...

De Agatha Reed.

Para Cassie Reed.

Ya, no sé. Quizás podáis mantenerlo en secreto.

Esto suponiendo que se fije en ti, claro.

De Cassie Reed.

Para Agatha Reed.

Lo hará, te lo aseguro.

De Agatha Reed.

Para Cassie Reed.

Te veo muy decidida...

De Cassie Reed.

Para Agatha Reed.

Claro, porque ya lo ha hecho. Lo de fijarse. Otra cosa es que no sea el tipo de chico que se deja dominar por sus instintos... Pero yo sí que soy ese tipo de chica.

De Agatha Reed.

Para Cassie Reed.

Eres incorregible.

De Cassie Reed.

Para Agatha Reed.

Lo sé. Hablamos luego, voy a llamar a mamá.

Salí de la aplicación de mensajería instantánea y, tumbada en la cama de mi habitación de alquiler, marqué el número de mi madre, que me respondió al tercer tono.

—¡TE DIJE QUE ME LLAMARAS TODOS LOS DÍAS!

—Mamá, cálmate.

—No me calmo.

—Si solo he estado dos días sin llamar.

—Tres y medio. Que son casi cuatro. Y no me has cogido el teléfono cuando lo he hecho yo. Cassie, quedamos en que serías responsable. Tu hermana ha cumplido el trato.

Puse los ojos en blanco.

—Pero ya sabemos que Agatha es perfecta y yo no.

—No me vengas con esas...

—Lo digo en serio. Lo olvidé.

—Pues que no vuelva a ocurrir.

—Vale, te lo prometo —dije con la boquita pequeña—. ¿Qué tal estáis todos?

—Bien, bien, aquí como siempre. La rutina.

—¿Y la abuela?

—Hoy ha tenido un día un poco malo.

—¿Qué ha ocurrido?

Noté que dudaba, pero al final me lo contó.

—Es por la vecina del final de la calle.

—¿Emma Chastair?

—Sí, la misma. Aunque ella no es el problema, sino su hija pequeña. La niña es adorable, no me malinterpretes, pero no comprendo por qué tu abuela se empeña en pasar todas las tardes allí. Es casi obsesivo. Cuando he ido a recogerla hoy, me ha dicho que ya regresaría ella por su cuenta. Me he negado y se ha liado una buena...

Emma Chastair tenía la edad de mi hermano mayor, Caleb. De hecho, habían asistido juntos al instituto y estuvieron saliendo juntos durante el último año, pero finalmente rompieron antes del baile de fin de curso y cada cual siguió su camino; ella se quedó embarazada, él se marchó al extranjero.

La abuela Agnes se entristeció mucho cuando ocurrió porque, por lo que suponía (ya que por aquel entonces aún no tenía la edad suficiente para entender todos sus estados de ánimo) le había cogido cariño a la muchacha, que desde niña había pasado por casa a merendar en busca de su bizcocho de limón o a llamar a mi hermano.

—Quizás deberías dejarle más espacio y libertad.

—Hay días buenos en los que sí, pero otros...

—Ya lo sé —la corté rápidamente con un nudo en la garganta. No soportaba hablar de la abuela, de su enfermedad y de los pasos hacia atrás que parecía ir dando. Me dolía. Desde que tenía uso de razón había sido mi luz. La adoraba por encima de todas las cosas. Era tan injusto todo—. Pero aun así prefiero que viva sus últimos años siendo feliz y haciendo lo que le apetezca que encerrada en casa todo el día. Si quiere ir a casa de Emma y pasar tiempo con su hija... déjala que lo haga.

—No sé yo...

—Quizás nos echa de menos. Puede que sea por eso.

—Es probable —contestó mamá pensativa.

—¿Está por ahí?

—En su habitación. ¿Quieres que le pase el teléfono?

Tuve mis dudas. Quizás podría preguntarle sobre el chico de colores. ¿Conseguiría que se fijase en mí pronto?, ¿o iban a tener que pasar años antes de que tuviésemos una oportunidad? ¿Sería un amor mágico, duradero, intenso? Luego pensé que saberlo le quitaría la gracia al asunto. En el fondo, no quería tener más pistas, sino tan solo vivir mi propia historia, conocerlo poco a poco y demostrarle que esa chispa que existía entre nosotros no era fruto de su imaginación ni de la mía, sino muy real.

Prefería dejar que el destino hiciese de las suyas.

—No, da igual. Tengo que colgar ya.

—Siempre con prisas.

—Me esperan para cenar.

—Cuídate, cariño. Y abrígate. Besos de parte de tu padre.

—Devuélvelos —dije antes de colgar.

Después me levanté de la cama, cogí un batín calentito de colores, como casi todo mi vestuario, y salí al comedor, donde ya estaban Richard y Fred esperándome en la mesa con un humeante tazón de sopa caliente delante. Me llevé a la boca una cucharada.

—Está riquísima.

—Gracias.

Cenamos en silencio mientras veíamos en la televisión un talent show de música. Me encantaba estar con ellos y compartir esa casa en Nueva York. No sabía aún cómo, pero en menos de dos semanas se habían convertido casi en familia, porque yo era así, muy dada a abrirme a cualquiera en menos de lo que dura un pestañeo, nada que ver con mi hermana Marian, por ejemplo, que tendía a desconfiar. O con Agatha, que era más bien cerrada y arisca como un gato enfadado. Ni como Caleb, que sencillamente prefería la soledad.

Yo, Cassie Reed, había llegado al mundo para comérmelo a besos. No me importaba que todos bromeasen por lo extrovertida, dramática y pasional que era. Si la vida eran dos días, pensaba disfrutar esos dos días al máximo e ir a por todas.

Hasta la semana siguiente, tan solo vi a Izan de casualidad en algún que otro pasillo mientras iba de una clase a otra. Cada una de las veces que nos cruzamos, lo miré de frente. Él, contrariamente a mí, apartó la vista como si no soportase la idea de mirarme a los ojos, algo que sin duda me molestaba, porque me gustaban las personas francas y claras.

Yo sabía que me esquivaba porque, precisamente, despertaba algo en él.

Eso era lo único bueno que me repetía para animarme.

Como buena romántica empedernida que era, pensaba en Izan a todas horas. Antes de irme a dormir y al despertarme, mientras removía el tazón de leche con mis cereales hasta dejarlos blandos y cuando escuchaba música en el metro de camino a casa. Por no hablar de que lo había dibujado de mil formas distintas en mi cuaderno. En palabras de mi hermana Agatha, era como si de nuevo volviese a tener quince años. Puede que tuviese razón.

Para cuando volví a tener clase con él la siguiente semana, estaba ya platónicamente enamorada. Una voz en mi interior me gritaba que apenas lo conocía, pero no quería escucharla. Era perfecto. Tenía que serlo. La abuela Agnes nunca se equivocaba.

Al entrar al aula, estaba tan impresionante como de costumbre, con ese aspecto que daba la impresión de que acababa de levantarse de la cama, pero era evidente que no.

Aquel día nos pidió que pintásemos *la vida*.

En cuanto lo dijo, empezaron a escucharse murmullos por toda la clase.

—¿La vida? —preguntó uno de los chicos.

—¿Qué sentido tiene eso? —dijo otro.

—El que vosotros queráis darle —contestó Izan.

—No lo entiendo —insistió una joven.

—Dejaos llevar y a ver qué sale.

—Qué complicado —se quejó el de mi izquierda.

Yo no dudé. Cogí mis pinturas, coloqué bien el lienzo sobre el caballete y me dispuse a disfrutar de las siguientes dos horas que teníamos por delante. Conforme se movían las manecillas del reloj, Izan lo fue haciendo también, paseándose por el aula y observando lo que hacíamos. Notaba su mirada clavada en mi nuca. Sabía cuándo sus ojos verdes estaban fijos en mí porque, cuando ocurría, todo mi cuerpo reaccionaba y se estremecía.

Ya había pasado casi una hora y media cuando se acercó más.

—¿Qué estás dibujando? —preguntó.

—Una garganta.

—Muy explícito.

—Sí.

Me sentí orgullosa al ver su mirada de satisfacción mientras analizaba el lienzo. Era el dibujo de una garganta en el momento exacto de hacer una respiración profunda, cogiendo el oxígeno. La vida de manera explícita: respirando.

—Buen trabajo —dijo secamente antes de marcharse.

Puse los ojos en blanco tras él. ¿Por qué tenía que ser mi chico de colores tan gruñón? Con lo libre que me pareció aquel día en el que lo vi pintar por casualidad en el aula vacía. Daba la sensación de que eran dos hombres distintos.

Se marchó y continuó hablando con otros compañeros. Yo no podía evitar distraerme y observarlo desde todos los ángulos posibles. Tenía ganas de pintarlo.

—Me gusta lo que estoy viendo —comentó sin dejar de andar entre los lienzos que habíamos desplegado en medio de la sala—. Interesante y esclarecedor.

—¿Podemos marcharnos ya, profesor? —preguntó un joven que no dejaba de mirar su reloj como si llegase tarde a alguna cita concreta.

A Izan no le hizo ninguna gracia que lo interrumpiese así, pero tras echarle un vistazo a la hora, asintió con la cabeza y suspiró hondo, como si no estuviese satisfecho con la brusca interrupción o en el fondo no desease que la clase terminase.

—Sí, podéis ir recogiendo.

Yo me demoré un poco más mientras el resto empezaba a limpiar los pinceles y el material. Terminé de perfeccionar la curva de la garganta.

—Cassie, la clase ha terminado —me dijo.

—Ya voy.

No era por él. En esos momentos necesitaba acabar mi visión de la vida por el simple placer de hacerlo. Me encantaba el arte. Poder expresar algo gracias a los colores y a mis propias manos. Tenía la sensación de que no había nada que supiese hacer mejor.

Lo sentí paseándose a mi espalda mientras los demás alumnos salían a toda prisa como si desearan marcharse cuanto antes. Yo no lo entendía. Había ido a Nueva York solo por esa beca y había estado dispuesta a dejar atrás a mi

familia, e incluso ver menos a mi abuela, que era lo que más me importaba del mundo. El arte era importante para mí. La mitad de los alumnos, en cambio, parecían hijos de papá que habían conseguido entrar allí mediante la parte privada de pago. No entendía que no quisiesen exprimir hasta el último minuto de cada clase. Además, no lo pensaba porque Izan fuese mi chico de colores, sino porque era cierto: sus horas de clase eran las más interesantes de todas. Y eso que las demás eran geniales.

Cuando solo quedaban dos alumnos, se acercó a mí otra vez.

—Deberías estar recogiendo ya —comentó en voz baja.

—Lo sé, perdona. —Solté el pincel y suspiré dramáticamente.

—Da igual. Acaba lo que estás haciendo.

—Pero... —Lo miré confusa.

—Acábalo —insistió.

De modo que le hice caso.

Me quedé en el aula mientras los demás se marchaban. Volvíamos a estar a solas. Quise pensar que, pese a su hostilidad habitual, era una buena señal. Intenté concentrarme en el cuadro, aunque era complicado con Izan rondándome como un tiburón que arrincona a su presa en medio del océano. *Ojalá*, dijo una vocecita divertida en mi cabeza. *No me importaría que me mordiese*. Reprimí una sonrisa. Seguro que no imaginaba en qué estaba pensando al tiempo que acababa de dibujar esa garganta.

—¿Por qué has elegido eso? —preguntó.

A mí me sorprendió que lo hiciese. Cogí aire y disfruté de su aroma masculino. Era embriagador. Tuve que repetirme que inclinarme un poco hacia el lado y besarlo sería algo considerado de muy loca. Me mantuve quieta delante del lienzo.

—Ni siquiera lo pensé.

—Bien. Las mejores ideas surgen de la inspiración.

—¿De verdad lo crees?

—Sí, pero tiene que pillarte trabajando —me guiñó un ojo.

Nunca un simple guiño me había parecido tan sumamente erótico.

—Entonces no creo que tenga problemas —contesté.

—¿Eres aplicada? —Me miró mientras guardaba los pinceles. Él tenía los brazos cruzados sobre el pecho con una actitud claramente a la defensiva, como si intentase protegerse de mí. Era una buena y una mala señal. Buena porque significaba que podía provocar algo en él. Y mala porque no parecía gustarle demasiado esa posibilidad.

—Lo intento. En lo demás no demasiado, pero en esto sí. Pintar es toda mi vida. Quiero dedicarme a ello de verdad —contesté con sinceridad.

Vi que dudaba mientras yo terminaba de recoger.

—Espera, Cassie —dijo cuando me colgué el maletín del hombro.

—¿Sí? —Me giré esperanzada.

—Este fin de semana hay una exposición de fotografías en la galería que queda a dos calles de aquí. Creo que quizás podría interesarte. Es muy inspiradora.

—Claro, gracias por decírmelo.

—No hay de qué.

Volví al apartamento donde vivía sumida en mis pensamientos. Al llegar, Fred y Richard estaban en el salón viendo una película de terror. Fred se tapaba los ojos con las manos y Richard no parecía mucho más atrevido con él.

—¿Para qué la veis si estáis sufriendo? —pregunté.

—Nos gusta sufrir —dijo Fred.

—La adrenalina —añadió Richard.

—Comprendo. Prepararé palomitas.

Dejé el maletín y fui hasta la cocina. Metí un paquete de palomitas en el microondas y esperé mientras explotaban los granos de maíz y soñaba despierta pensando en Izan y sus bonitos ojos verdes. Ojalá algún día pudiésemos pintarnos el uno al otro.

Siempre hacía eso desde pequeña. Fantasear.

Recuerdo hacerlo incluso cuando jugaba a las muñecas. Entonces imaginaba que la mía era una brillante pintora, o bailarina o veterinaria. Mi hermana Agatha siempre elegía trabajos como doctora, abogada o presidenta de los Estados Unidos. Nos montábamos nuestras historias jugando tiradas en el porche de casa bajo el sol mientras la abuela Agnes tejía, bebía limonada (que era su bebida preferida) y nos miraba con su dulce sonrisa.

La echaba de menos...

Para quitarme esa idea de la cabeza, al ir al salón lo hice a hurtadillas.

—¡Buuuuuu! —grité saltando sobre ellos.

—¡AHHH! —chilló Fred con los ojos muy abiertos.

—¡Maldita seas, Cassie Reed! —Richard se estremeció.

—Me lo habíais puesto demasiado fácil. —Me reí—. Pero os lo pienso compensar. Tomad, podéis comer también mi ración de palomitas.

Los dejé a solas viendo la película y me fui a mi habitación, porque no

conseguí quitarme la añoranza de encima y terminé marcando el teléfono de casa. Descolgó papá.

—Hola, pequeña. ¿Cómo va todo por la gran ciudad?

—Genial, genial. ¿Qué tal estáis vosotros?

—Por aquí todo sigue igual. Tu hermana Marian cada día más redonda. Caleb vino a vernos el finde pasado, pero se marchó tan rápido como siempre —suspiró con pesar, porque mi padre no comprendía por qué Caleb no asentaba su culo en ningún sitio y daba vueltas sin rumbo de un sitio a otro, cambiando de trabajo cada dos por tres—. Agatha llamó hace un rato y nos contó que Daniel iba a pasar este fin de semana con ella.

—Qué bien. —Sonreí feliz—. ¿Y la abuela?

—Bien. Supongo que tu madre ya te lo habrá contado, se pasa el día en casa de Emma Chastair, pero yo creo que le hace bien estar con esa chica y su hija, ¿sabes? Vuelve siempre con una sonrisa, duerme una siesta larguísima y se despierta de buen humor.

—Yo también me alegro de que eso le haga bien.

—Tu madre se preocupa por nada.

—Lo sé. Pásame a la abuela.

—Espera, voy a buscarla. No cuelgues.

Esperé con el teléfono pegado a la oreja mientras encendía el portátil y buscaba en Internet información sobre la exposición de fotografía que Izan me había recomendado. Era sobre la naturaleza y el hombre y, en efecto, quedaba a un par de calles de la academia, así que no tenía pérdida, lo que agradecí teniendo en cuenta que apenas me enteraba mucho con el metro. Tenía en mente ir a clase algún día a pie, para despejarme las ideas, pero la idea de perderme me aterraba. Estaba demasiado acostumbrada a crecer y vivir en un pueblo pequeño donde todos nos conocíamos entre nosotros y no había peligros.

—¿Cariño? —dijo la voz trémula de Agnes.

—Hola, abuela —respondí contenta—. ¿Cómo estás?

—Yo muy bien. ¿Y tú? ¿Muchas novedades?

Parecía que tenía un buen día. Hablaba con soltura, sin tartamudear cuando le ocurría cada vez que tenía un bajón. Había temporadas y estaba pasando por una buena. Ojalá le durase mucho tiempo más. Me esforcé por sonar alegre con ella.

—Genial. Las clases son increíbles.

—Ya me imagino...

Ahí estaba ese tono misterioso que usaba a veces. Puede que alguien que

no la conociese ni siquiera lo notase, pero yo lo hacía demasiado bien.

—¿Qué quieres decir con eso?

—No lo sé, dímelo tú, cielo.

—Pues... bueno... ahora que lo comentas... —Me mordí el carrillo—. Resulta que hay un chico muy guapo, sí. Tiene los ojos verdes y cuando lo vi por primera vez estaba cubierto de pintura de colores por todas partes...

—Qué interesante.

—Es un profesor —la corté.

—Ajá. —No dijo nada más.

—Abuela, es-un-profesor —hice hincapié en cada palabra—. ¿Por qué tenías que ponérmelo tan difícil? Pensaba que cuando encontrase a mi chico de colores viviría un amor verdadero y único y maravilloso, que vería purpurina cayendo del cielo y sentiría mariposas en el estómago, pero no. Más bien ha sido un jarro de agua fría.

—¿Y por qué me lo recriminas a mí?

—Tú lo predijiste.

—Pero no lo elegí.

—Es lo mismo.

—No lo es, cielo. El destino... El destino no se puede elegir... —Hizo una pausa larguísima, como si le costase encontrar las palabras o las hubiese olvidado—. Lo siento. ¿Qué estabas diciéndome, cielo? —preguntó de repente.

—Abuela... —Sacudí la cabeza, aunque no podía verme—. No es nada.

—¿Cómo estás? —Volvió a preguntarme.

—Genial —contesté con un nudo en la garganta.

—Bien, bien, me alegro mucho, mi vida...

—Vale. Voy a colgar ya.

—Buenas noches, Cassie.

Apreté el botón rojo casi con rabia y después tiré el móvil a un lado y escondí el rostro en la almohada para evitar que las lágrimas lo nublasen todo. Odiaba cuando se quedaba en blanco a medias, de golpe y sin avisar, era como un puñetazo en el estómago. Y sabía que así eran las cosas, que, como nos recordaba siempre mamá cuando nos poníamos tristes *era ley de vida y teníamos que entenderlo*, pero aún así no podía evitar sufrir por ella, aunque probablemente era la que menos lo padecía al apenas darse cuenta de qué ocurría.

Y cuando estaba lúcida era tan maravillosa...

Suspiré cuando conseguí calmarme y me di la vuelta en la cama. Cogí el portátil un poco desganada. *El destino no se puede elegir*, había dicho la abuela Agnes ante mis quejas y yo sabía que era cierto tanto como sabía que jamás un chico había despertado en mí esas emociones sin apenas conocerlo. Tenía su mirada clavada en el alma. ¿Cómo podía él no notar esa cuerda que casi nos obligaba a acercarnos? O la menos así me sentía yo.

Revisé una vez más lo de la exposición y, al final, imprimí una entrada para acercarme el fin de semana, probablemente el sábado por la tarde aprovechando que no tenía nada más que hacer. Al fin y al cabo, no perdía nada por echarle un vistazo y un poco de inspiración extra era siempre más que bienvenida.

Aunque tanto Richard como Fred me habían comentado si quería que me acompañasen, les dije que no, porque estaba segura de que la exposición no les gustaría demasiado o podría parecerles aburrida y a mí me gustaba tomarme mi tiempo en cosas que sí me entusiasmaban. Tenía el presentimiento de que iba a disfrutar de la experiencia.

Cogí el metro y escuché música de camino allí.

Ya era media tarde cuando llegué y no había demasiada cola, así que en apenas diez minutos estuve dentro, en un largo pasillo blanco con fotos enmarcadas.

Eran absolutamente increíbles.

La naturaleza y el hombre.

Un montón de instantáneas que mostraban paisajes maravillosos a un lado y luego ese mismo lugar, pero lleno de basura, de plásticos, de edificios contruidos al lado del mar destrozando el entorno, de montes llenos de escombros y bosques arrasados.

Me quedé embobada mirándolas.

Estuve dando vueltas por la exposición.

De Agatha Reed.

Para Cassie Reed.

¡Ayer olvidé llamarte! Perdona. Este fin de semana ha venido Daniel a pasarlo conmigo... y entre unas cosas y otras... cuando miré la hora ya eran las tantas de la madrugada. Y nos hemos despertado tan tarde... Lo siento. ¿Qué tal estos días, hermanita?

De Cassie Reed.

Para Agatha Reed.

“Entre unas cosas y otras” significa que no habéis salido de la cama desde que llegó, ¿verdad?

De Agatha Reed.

Para Cassie Reed.

*¡No seas ridícula, claro que sí! Salimos a la máquina expendedora del pasillo de la residencia para comprar un paquete de fritos para cenar :) **De Cassie Reed.***

Para Agatha Reed.

No me puedo creer que mi seria, cascarrabias y anti romántica hermana gemela ahora sea una diosa del sexo sin descanso. Creo que Daniel te ha vuelto loca del todo.

De Agatha Reed.

Para Cassie Reed.

*Un poco sí, las cosas como son.
¿Qué haces ahora mismo? ¿Te llamo?*

De Cassie Reed.

Para Agatha Reed.

No, estoy en una exposición de fotografía.

De Agatha Reed.

Para Cassie Reed.

¿Y eso?

De Cassie Reed.

Para Agatha Reed.

Me la recomendó Izan. Y es increíble. Como él.

De Agatha Reed.

Para Cassie Reed.

Sigues siendo como un pastel denso y enorme de chocolate.

De Cassie Reed.

Para Agatha Reed.

Me gusta serlo. ¿Qué quieres que diga? Soy una romántica empedernida y moriré así. El otro día me acordaba de cuando jugábamos a las muñecas y yo siempre me dedicaba a algo artístico y conocía a Ken, un chico maravilloso, atento, divertido y sincero. Tu muñeca, en cambio, conseguía inventar algún robot sin corazón y frío para algún tipo de industria. Y ahora miranos. Yo sin ningún chico de colores. Tú con el suyo probablemente a tu lado en la cama y pidiéndote que dejes el móvil de una vez y de hablar con tu tonta hermana para seguir con una larga jornada de sexo tántrico.

De Agatha Reed.

Para Cassie Reed.

Eres la persona más dramática que he conocido jamás.

De Cassie Reed.

Para Agatha Reed.

Lo sé. Y no tengo helado cerca.

De Agatha Reed.

Para Cassie Reed.

¿Eso significa que no hay avances con el chico de colores?

De Cassie Reed.

Para Agatha Reed.

No, nada. Bueno, le gusta mi trabajo, eso me reconforta.

Y... ¡oh, dios mío! No te lo vas a creer...

¡Lo estoy viendo! ¡Estoy viendo a Izan!

De Agatha Reed.

Para Cassie Reed.

¿Qué? ¿Has enloquecido del todo?

De Cassie Reed.

Para Agatha Reed.

No, tonta, está aquí, en la exposición.

Y yo acabo de esconderme detrás de una columna como si tuviese dos años.

De Agatha Reed.

Para Cassie Reed.

¿Desde cuándo te comportas así? La Cassie que yo conozco era decidida, iba a por todas y no tenía ningún tipo de vergüenza. ¿Qué haces escondiéndote de él?

De Cassie Reed.

Para Agatha Reed.

Ya lo sé. Pero con Izan me da miedo...

¿Y si la fastidio de alguna manera y me quedo para siempre sin el amor de mi vida? Sabes que me pierde la boca y que suelo terminar metiendo la pata hasta el fondo sin darme cuenta.

De Agatha Reed.

Para Cassie Reed.

Déjate de excusas y no seas cobarde.

Ve a por todas, ¡sigue tu instinto!

De Cassie Reed.

Para Agatha Reed.

De acuerdo...

Luego hablamos.

Me guardé el teléfono en el pequeño bolsito que llevaba. Ese día, por suerte, había decidido arreglarme un poco para ir a la exposición. Vestía una minifalda roja, con medias oscuras, botas y un suéter holgado de cuello alto. Volví a mirar al final del pasillo y allí estaba Izan, tan atractivo como siempre, con unos pantalones oscuros y el cabello menos revuelto que de costumbre. Miraba una de las fotografías casi sin parpadear, absorto.

Me acerqué lentamente hacia él.

Cuando estuve a su lado, le rocé el hombro y se sobresaltó. Abrió más los ojos al verme, luego se mostró tan inexpresivo como de costumbre.

—Vaya, has venido —dijo, como si no lo esperase.

—Claro, no quería perdérmela.

—¿Te ha gustado?

—Es increíble.

Se me hacía muy raro que estuviésemos hablando por primera vez fuera de clase. Supongo que por eso vivimos unos segundos de tenso silencio antes de que él tosiese para aclararse la garganta. Señaló la foto que tenía delante.

—Creo que esta es mi preferida.

—Me gusta. Aunque es dura.

Era la de un mar lleno de plástico.

—Todas lo son —corroboró.

Los dos recorrimos el resto del pasillo juntos, observando las fotografías

colgadas de las paredes. Me sentía flotando en una nube, como si solo estuviésemos nosotros en aquella sala de la exposición. No podía dejar de mirarlo de reojo, deseando tocarlo.

Aún podía recordar lo que sentí en el momento en el que me cogió de la muñeca semanas atrás, el escalofrío que me atravesó todo el cuerpo como un relámpago.

No tardaron en anunciar por megafonía que iban a cerrar.

Nos dirigimos juntos hacia la puerta de salida y, ya en la calle, vivimos otro momento incómodo. Él parecía estarlo mucho más que yo. Supongo que, aunque agradecía que hubiese acudido a la exposición, le resultaba difícil saber cómo comportarse con una de sus alumnas fuera del aula, aunque en realidad apenas debíamos de llevarnos unos cinco o seis años. Parecía joven. Quería gritarle que, si creía en el amor verdadero como yo lo hacía, saltaríamos juntos todos los obstáculos, lucharíamos contra el mundo y...

—Será mejor que me vaya ya —cortó mis pensamientos de raíz.

—Sí, claro, obviamente... —No sabía ni lo que decía mientras me balanceaba sobre mis botas en mitad de la calle oscura y fría, con las puertas de la exposición ya a medio cerrar.

—Nos vemos en clase —se despidió.

Izan dio media vuelta, se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta y se alejó. Yo me quedé parada viendo cómo se iba empequeñeciendo su figura. Estaba tan absorta mirándolo que no me di cuenta del grupo de cuatro chicos que se acercaron por detrás.

—Eh, muñeca, esa falda pide a gritos que alguien te la quite —se burló uno, ante lo que sus amigos empezaron a reírse como idiotas.

—Tus dientes piden a gritos que te los quite de un golpe —contesté enfadada.

—Oye, oye, baja esos humos, chica —repuso otro acercándose demasiado.

—Aléjate de mí —le pedí entre dientes.

Estaba empezando a ponerme nerviosa.

—¿O si no que nos vas a hacer?

Sinceramente, no lo sabía. Pero lo primero que se me pasó por la cabeza fue gritar. Me salió casi de una manera instintiva, salvaje. Pensé que, si había alguien cerca, podría ayudarme. Probablemente aún estarían dentro de la galería los encargados de la exposición.

Pero fue Izan quien apareció en escena.

—Largaos de aquí —dijo enfadado.

—Aquí llega el príncipe encantador —se burló uno de ellos.

—Creo que no lo estáis comprendiendo... —insistió Izan.

—A ver, acláranos qué harás si no la dejamos en paz.

El otro chico todavía se estaba riendo cuando recibió el primer puñetazo por parte de Izan. Lo pilló desprevenido. Pero luego fue peor, porque el amigo respondió haciendo exactamente lo mismo. Corrí desesperada hasta la calle contigua en busca de ayuda y, por suerte, me encontré con dos hombres que me acompañaron y me ayudaron a separar a Izan de esos tipos. Eran cuatro contra uno. Los tipos se marcharon en cuanto tuvieron oportunidad, seguramente temerosos de que llamásemos a la policía, algo que pensaba hacer.

—Te han hecho daño —gemí mirándolo—. Espera, toma.

Saqué un pañuelo y se lo apreté contra la nariz, que le sangraba. También tenía heridas en los nudillos de la mano derecha. Él ignoró mi preocupación y se dirigió a los dos hombres que nos habían ayudado a separarlo y evitar una catástrofe aún peor.

—Gracias por echarme una mano —les dijo.

—No hay de qué. ¿Seguro que no necesitas un médico?

—No, no, estoy bien. No es nada.

—Como quieras —respondió el otro.

Después se marcharon y nos quedamos a solas.

Izan tiró a una papelera el pañuelo cuando dejó de sangrarle la nariz. Lo seguí consternada y alucinada por lo que acaba de ocurrir en apenas unos minutos.

—Lo siento mucho —le dije.

—No tienes que sentir nada.

—Pero, por mi culpa...

—Tú no tienes la culpa —me cortó, luego se subió la cremallera de la cazadora casi hasta el cuello. Empezaba a refrescar—. ¿Dónde vives? —me preguntó.

—A unos veinte minutos de aquí.

—¿Coges el metro?

—Sí.

—Te acompaño.

—No es necesario.

—Creo que está claro que sí lo es.

Iba a seguir discutiendo con él, pero las ganas de tenerlo cerca

colapsaron todo lo demás, de manera que me dejé llevar por la situación y caminé con él hacia el metro. Casi no hablábamos mientras entrábamos y bajábamos hasta el andén. El metro llegó en seguida. Subimos y, como estaba tan lleno, nos quedamos en una esquina, de pie. Todo el lado derecho de mi cuerpo tocaba el suyo y ese mero contacto fue suficiente para que me sintiese más excitada y nerviosa que nunca. Estaba como un flan.

Cuando llegamos a mi parada, pensé que nos despediríamos en la puerta del metro, pero Izan me siguió y subió las escaleras hasta la calle.

—No hace falta que salgas. Te agradezco esto, en serio.

—Sí que hace falta, ya has visto lo que ha ocurrido. No quiero que cargue en mi conciencia que te ocurra algo —dijo secamente, aunque yo lo notaba nervioso.

—Vivo a solo tres calles de aquí.

—Razón de más para que te acompañe.

Era más terco que una mula. En ocasiones, casi me recordaba un poco a mi hermana Agatha, sobre todo cuando se mostraba así de gruñón y decidido. De manera que caminamos juntos hasta la puerta de mi edificio, que solo era de tres plantas.

—Es aquí —dije.

—Genial. Adiós.

—Espera. —Tragué saliva con fuerza—. Te curaré eso —señalé sus nudillos—. Es lo menos que puedo hacer después de que me hayas acompañado hasta aquí...

—No creo que subir a tu apartamento sea lo más adecuado.

—Tampoco acompañar a una alumna hasta su casa.

—Ya sabes cuál ha sido la situación...

Me miró con advertencia, pero lo ignoré.

—No tardaré nada. Y así te enseño algo.

Eso consiguió captar su atención.

—¿Cómo qué?

—Unos dibujos.

Noté que le entraba la curiosidad de inmediato.

Era como un gato al que acaban de ponerle delante una lata de sardinas recién abierta, con todo su aroma expandiéndose lentamente y colándose en su nariz.

—No debería...

Pero a pesar de sus palabras, ahí supe que su resistencia estaba bajo

mínimos. Me saqué las llaves del bolsillo y abrí la puerta del rellano. Izan miró dos veces a ambos lados de la calle, como si quisiese confirmar que nadie nos había visto haciendo algo que estaba prohibido para él. Después me siguió por el descansillo en silencio. Su mirada en mi espalda me quemaba mientras subía los escalones de dos en dos, con la adrenalina corriendo por todo mi cuerpo como una serpiente de cascabel despertando.

Fue toda una suerte que Richard y Fred no estuviesen en casa aquella noche porque los dos habían salido a cenar a un restaurante romántico.

—¿Vives sola? —preguntó Izan echándole un vistazo al colorido salón.

—No, comparto el apartamento con dos chicos. —Él asintió—. Sígueme. —Abrí la puerta de mi dormitorio y entramos—. Espera aquí, iré a por el botiquín de emergencia.

Fui al baño con los nervios a flor de piel.

Tener a mi profesor de arte en mi habitación no era un acto rutinario. Nunca había estado tan alerta, con las emociones tirando de mí de una forma tan intensa. Cuando cogí el botiquín del baño, por poco no se me cayó todo al suelo. Me temblaban las manos. ¿Qué me pasaba? Era una tonta de remate. Seguro que mi hermana Agatha se troncharía de risa si me viese de esa guisa, tan alejada de la chica segura que ella conocía que parecía otra persona.

Regresé al dormitorio pasados unos minutos.

Él estaba en medio de la habitación, de pie, con los brazos cruzados y mirando cada pequeño objeto que había en mi mesita de noche, que era un auténtico caos. Desde libros de arte, figuritas, pinturas sueltas, fotos, un peluche, caramelos, velas aromáticas...

—Perdona por tardar, no lo encontraba.

—No pasa nada. Ni siquiera es necesario.

—Claro que sí. Siéntate en la cama.

Izan miró el colchón como si fuese su mayor enemigo. En ese momento pude ver el deseo y la pasión que escondía y reprimía. Negó con la cabeza con incomodidad.

—Creo que debería irme ya...

—No digas tonterías. Ahora ya estás aquí.

No me lo pensé antes de posar las manos sobre su pecho para insistirle en que se sentase en la cama que había a su espalda. Él lo hizo, pero casi sin pensar, con sus ojos clavados en mis manos encima de su camiseta, sorprendido por el contacto.

Antes de que pudiese reaccionar o salir corriendo, cogí su mano y le

limpié con una gasa mojada los nudillos enrojecidos, con sangre seca sobre la piel levantada.

—¿Te duele mucho?

—No, no es nada...

Movió los dedos despacio.

Continué limpiándolo con mucha delicadeza. Después de desinfectarlo, cogí una venda pese a sus protestas y rodeé su mano hasta terminar atándola en el extremo.

—Gracias, Cassie —dijo suspirando.

—Gracias a ti por ayudarme.

Se puso en pie con brusquedad, como si de repente recordase dónde se encontraba y lo terrible que era. Vi cómo miraba la puerta mientras se decidía a escapar.

—No te he enseñado los dibujos —lo frené.

—¿Los dibujos...? Es verdad. ¿Dónde están?

Parecía impaciente. Yo sabía que una parte de él quería quedarse en esa habitación durante toda la noche, conmigo. La otra estaba deseando huir cuanto antes de la tentación y de lo desconocido. Se decidió por seguir su curiosidad y esperó con impaciencia mientras yo sacaba del cajón mi bloc de dibujo, el privado que llevaba siempre encima y no dejaba que nadie viese, ni siquiera mi hermana Agatha.

Estaba tan nerviosa que me temblaban las manos conforme pasé la primera página y él inclinó la cabeza para mirarlo. Nunca se lo había enseñado a otra persona, pero con Izan tenía la necesidad de que comprendiese quién era yo, aunque fuese a través de mis dibujos. Quería que me conociese y que se dejase conocer él también.

Le mostré el primero. Lo observó atento.

—Es muy bueno, Cassie —comentó.

—Gracias —contesté con timidez.

Me sentía casi como desnuda delante de él.

—¿Puedo ver más? —me preguntó delicadamente, como si fuese consciente de que lo que le estaba enseñando era algo muy íntimo para mí.

—Sí, toma. —Le di el cuaderno, temblando.

Me quedé mirándolo de reojo mientras él pasaba las páginas con interés y los ojos brillantes. Tuve que resistir la tentación de moverme para darle un beso en la mandíbula, esa que estaba llena de tensión, o incluso más allá, en sus labios entreabiertos. Todo su rostro, sus gestos, su aroma, sus

movimientos... me llamaban a gritos ensordecedores.

—Son increíbles todos... —dijo con la voz queda.

—¿De verdad lo piensas? —Dudé.

—Claro que sí. ¿Por qué no mandaste nada de todo esto para las pruebas de admisión? —preguntó con intriga, mirándome a los ojos.

—Porque son míos, privados.

—¿Qué intentas decirme?

Vi por su expresión de miedo que no iba a gustarle del todo mi respuesta, pero aún así me lancé de lleno. Total, no tenía demasiado que perder.

—Que eres la primera persona a la que se los enseño.

—Cassie... —Se quedó sin habla.

Ese es el momento en el que tendría que haberme comportado como una señorita elegante, haber cogido mi cuaderno, cerrarlo y después invitarlo a ir hasta la salida del apartamento. Despedirme de él con una sonrisa y suspirar con aire romántico al cerrar la puerta. Pero no lo hice, por supuesto. En lugar de quedar como una chica con clase, quedé como una loca. Las palabras de mi hermana Agatha acudieron a mi cabeza de repente y me nublaron la razón del todo. *Ve a por todas, ¡sigue tu instinto!* No dejaban de repetirse en mi mente mientras miraba esos preciosos ojos verdes de Izan. *Ve a por todas, ¡sigue tu instinto!* Y sus labios seguían entreabiertos aún por la sorpresa, tan mullidos...

Fue lo último que pensé antes de besarlo.

Ni siquiera yo misma esperaba eso, así que también me pilló desprevenida. Pero incluso a pesar de todo, fue perfecto. La manera en la que sus labios acoplaban con los míos como dos piezas de un puzle. Descubrir el hueco maravilloso de su boca y tocarle la mejilla algo áspera por la barba de dos días al apoyar mi mano en ella.

Él se quedó atontado unos segundos.

Después se apartó de golpe.

—Cassie, ¿qué estás haciendo?

—No lo sé... —Me llevé los dedos a los labios como para tocar el último rastro de él mientras se levantaba y se alejaba de mí. Tuve ganas de llorar. ¿Por qué no podía ver que estábamos hechos el uno para el otro? Que juntos podríamos pintar el mundo de colores brillantes y eternos—. Lo siento mucho, Izan, pero...

—No debería estar aquí —se amonestó interrumpiéndome.

—Ha sido culpa mía, te pedí que subieses.

Cogió la chaqueta y se la puso. Tenía la mirada ida.

—Ya sé dónde está la salida —exclamó.

—Te acompaño —insistí muy a su pesar.

Caminó tan rápido que me costó seguirle el paso.

—Izan, lo siento mucho —repetí a su espalda—. No sé en qué pensaba. Solo me dejé llevar. No he podido evitar... conectar contigo —solté aturullada.

Izan se giró de golpe antes de salir por la puerta del apartamento.

—Escúchame, Cassie, eres guapa y lista y maravillosa, pero te equivocas conmigo. Tú y yo no tenemos ninguna conexión. Es imposible, ¿lo entiendes?

Sus palabras me desequilibraron un poco, porque fueron secas y contundentes, casi sin dar pie a posibilidad alguna. Y no lo entendía, porque sí había deseo en sus ojos, no me lo estaba imaginando. Era consciente de cómo su mirada se había desviado hasta el borde mi falda en varias ocasiones mientras íbamos en el metro y en cómo evitaba tocarme, como si le quemase. Izan no podía esconder esos pequeños detalles.

¿Entonces qué le ocurría exactamente?

—Tampoco es tan imposible —repliqué—. El curso terminará en unos meses.

La mirada de Izan podría haber carbonizado bosques enteros.

—No es imposible por eso, Cassie.

—No lo entiendo. —Quería llorar.

—Es imposible porque estoy casado.

Nunca unas palabras fueron tan inesperadas para mí. Como un jarro de agua fría o un golpe seco en el estómago. Me quedé completamente paralizada mientras él hacía una mueca que no logré descifrar y después se despedía y se marchaba por las escaleras sin decir adiós. Ni siquiera recuerdo cuánto tiempo estuve delante del rellano con la puerta abierta, asimilando sus palabras, hasta que calaron en mí de lleno, cerré de un portazo y me metí en la cama sin molestarme en quitarme la ropa que vestía.

Era oficial: moriría sola, rodeada de gatos, haciendo bizcochos de limón a granel para los vecinos de al lado que sí que tendrían un montón de simpáticos hijos.

Ese era mi futuro más cercano.

Una vez asimilado, nada podría ir a peor, ¿verdad? Richard y Fred se reían cada vez que comentaba esto con ellos, pero lo decía muy en serio. Había perdido mi única oportunidad de ser completamente feliz: el chico que el destino había elegido para mí ya tenía el corazón ocupado. ¿Qué broma era esa? Pues no tenía ni idea, pero así eran las cosas. Jamás conocería el amor verdadero, no tendría una tórrida historia ni nadie se enamoraría locamente de mí antes de pedirme de rodillas que le hiciese el favor de casarme con él.

Porque ya se había casado, claro.

Así que ya está, me había rendido. Por eso llevaba toda la semana evitando ir a la clase de Izan. No había sido difícil, siempre eran las últimas, así que horas antes, cuando terminaba la anterior, me marchaba a casa. Ya había hecho mis cálculos y podría ir a la recuperación al final del semestre y pedir que me evaluase otro profesor.

Esperaba no tener que verlo nunca más, por difícil que fuese.

Durante el día, en cada cambio de clase, todos mis esfuerzos se concentraban en evitarlo por los pasillos de la academia, algo que había conseguido hasta entonces. Luego llegaba a casa antes, lloriqueaba un rato tirada en la cama y pasaba las tardes con mis compañeros de piso, que eran expertos en conseguir que mis penas fuesen más llevaderas.

—Estás como una regadera —insistía Fred—. Comprendo que creas en las palabras de tu abuela, pero dudo mucho que Izan vaya a ser el único amor de tu vida. Seguro que habrá más, querida. Además, apenas lo conoces, seamos sinceros.

—Ya, pero a veces no hace falta conocer a alguien de esa forma. A veces sobra con una mirada, una sonrisa, yo qué sé. —Me tiré en el sofá con gesto melodramático—. Los flechazos son así, inexplicables, y existen. Hay matrimonios que se han casado apenas un mes después de conocerse y siguen juntos tras muchos años de convivencia, ¿qué me dices a eso?

—¿Casualidad?

—No. Destino.

—Eres una soñadora sin remedio.

—Y tú un cínico. Algo fácil de ser sin remordimientos cuando ya has encontrado a tu media naranja. No es justo —me quejé haciendo un puchero.

—Para ser sinceros del todo, tú también has conseguido encontrarla, aunque no exprimirla —bromeó y cuando vio que arrugaba la frente, se puso serio—. Fuera de bromas, está claro que si ese chico accedió a subir al apartamento y no se apartó de inmediato cuando lo besaste, entonces significa algo, una buena señal... —intentó animarme.

Suspiré dramáticamente. Llevaba un pijama que me quedaba tres tallas grande, un moño deshecho en lo alto de la cabeza con la ayuda de un pincel para sujetarlo y ni rastro de maquillaje en la cara. No quería ni pensar en qué aspecto tendría.

—Tardó unos tres segundos en apartarse —dije.

—¿Ves? Ahí lo tienes. Tres segundos de duda.

—ESTÁ CASADO, FRED —protesté.

—Ya, ya, ya. —Fred sacudió la cabeza.

—¿Quieres nachos? —preguntó Richard—. Seguro que eso te hace sentir mejor. Les pondré doble ración de queso. Hmmm, todo derretido... —me tentó.

—No puedo resistirme a eso y lo sabes. —Sonreí.

Luego me quedé con ellos en el sofá viendo una película romántica, comiendo nachos en pijama y suspirando cada vez que volvía a pensar en Izan y en su expresión alucinada cuando se me ocurrió la loca idea de besarlo sin pensar.

¿Por qué no podía ser más reflexiva como Marian?

¿O más cauta y serena como Agatha?

¿O más cerrada como Caleb?

Solo necesitaba una pizquita de cada uno de mis hermanos para ser mejor y dejar de hacer tonterías que me llevasen por el camino de la vergüenza y el desastre. Porque de un modo u otro siempre terminaba metida en problemas por mi culpa.

Pensar en ellos me hizo sentir nostálgica.

—¿Qué te pasa? —preguntó Richard al ver mi cara—. Quizá no hemos elegido la mejor película para este momento, por eso de que él muere al final, pero...

—No, no es eso. Es que estaba pensando en que quizás lo que necesito ahora para sentirme mejor es volver a casa. Ya sé que solo hace un mes que me fui, pero los echo de menos. Podría pasar este fin de semana con ellos...

—Es una buena idea —me animó Fred.

—Gracias chicos. —Los abracé sin pensar.

Por suerte, los dos eran tan parecidos a mí, que enseguida me rodearon con sus brazos y nos fundimos en un abrazo de tres mientras los créditos de la película pasaban.

El viernes por la tarde, tras escaparme de la academia como un ninja evitando ir a la última clase que me tocaba con Izan, fui al apartamento donde ya tenía mi pequeña maleta preparada desde la noche anterior, me despedí de los chicos y me fui a la estación de tren para coger el siguiente. Una vez dentro, me sentí mejor.

Me pasé todo el trayecto hablando con mi hermana, escuchando música y pensando en ÉL, mi media naranja, solo que en este caso otra persona ya había decidido exprimirla antes de que yo llegase a su vida. Qué injusto era todo.

Cuando llegué a la estación, papá me recogió.

—¿Cómo está mi pequeña? Vaya, has crecido.

—¡Papá! —Me quejé haciendo un mohín.

—Un mes sin verte es mucho tiempo.

—Ya lo sé. —Le saqué la lengua y subí en el asiento del copiloto del coche. Estuve hablándole de todo un poco mientras nos dirigíamos hacia el pueblo que me había visto crecer y que había empezado a echar de menos, sobre todo al sentirme tan triste y sola.

—¿Entonces te van bien las cosas allí?

—Bueno... me van...

—¿Qué pasa, Cassie?

—Nada. Solo que os echo de menos.

—Dime la verdad —insistió papá.

—Es eso y también que la vida de adulta es más complicada de lo que creía.

—Siempre lo es, pero dentro de unos años mirarás atrás y pensarás lo contrario. Así que disfruta de estos años en los que no tienes tantas obligaciones.

Asentí con la cabeza, porque tampoco quería contarle más sobre por qué estaba tan apática y poco receptiva. Cuando llegamos a casa, casi corrí por el pasillo de césped que conducía por la parte de atrás a la puerta. Entré y sonreí al ver que Marian ya estaba allí, bebiendo limonada en la cocina con la abuela

y mi madre.

—¡Estás enorme! —exclamé sorprendida.

—No exageres, hace poco más de un mes que me viste —rio.

—Lo digo en serio. Ese bebé crece por días. —La abracé y posé una mano en su abultada tripa—. Hola, futuro sobrino. Soy tu tía, la mejor de todas, y pienso consentirte en todo lo que tu madre no te deje hacer. Te llevaré a que te hagan tu primer tatuaje y un piercing en la zona del cuerpo que tú elijas...

—Ni lo sueñes —siseó Marian.

—¿Ves? Ya está poniéndote límites —bromeé.

Luego abracé a mamá, que tenía los ojos llorosos, y la consolé un poco antes de acercarme a la abuela, que esperaba paciente y sonriente, como siempre.

Mi persona favorita del mundo.

Aspiré su aroma familiar y cerré los ojos con fuerza.

Todo era mucho mejor si ella estaba cerca. Lo había pensado desde pequeña y seguía creyéndolo. Me quedé un rato abrazándola y con la mejilla apoyada en su hombro.

—Mi pequeña niña loca —susurró ella acariciándome la espalda.

—Abuela, te he echado de menos —dije.

—Y yo a ti.

—Yo más.

Ella se rio con ganas.

—Seguro. Pero ya vendrán tiempos mejores para ti, cariño. Tiempos tan mágicos que apenas te acordarás de esta pobre vieja —dijo separándose.

—Eso jamás. No lo digas ni en broma.

—Todo lo malo pasa —me aseguró.

Yo quería creerla, pero empezaba a perder la esperanza.

—¿Quieres que te haga una trenza? —pregunté.

Ella asintió y nos fuimos juntas al porche trasero con un vaso de limonada. La abuela Agnes se sentó en la mecedora y yo empecé a separar con delicadeza los mechones de su cabello largo y blanquecino. Los fui trenzando mientras ella canturreaba relajada. Me encantaba pasar tiempo con ella, disfrutar de los últimos rayos de sol.

—Así que estás pasando una mala época —dijo suspirando.

—Supongo. —Me encogí de hombros—. Así es la vida.

—La vida aprieta, pero no ahoga —añadió ella.

—A veces ahoga y arrasa —contesté.

—Paciencia, cielo. Eso ha sido lo único que nunca has conseguido, ser paciente. Las cosas no siempre se consiguen a la primera de cambio. Eso no quiere decir que no debas ser perseverante y seguir tu instinto, pero no desesperes en el intento.

Dejé de trenzarle el cabello.

—¿Te refieres a él, abuela?

—¿Él?

—Mi chico de colores.

—El chico... sí...

Pero ya no parecía prestarme atención. Sin embargo, como ella misma acababa de decirme, decidí ser perseverante. Di la vuelta para quedar delante de ella y que nos mirásemos.

—He conocido a mi chico de colores, pero eso tú ya lo sabías.

—Un chico interesante... —Me sonrió.

—Es terco. Y seco. También arisco.

—Pero noble. Creativo. Inteligente.

Y guapo, quise añadir, pero no lo hice porque me sorprendió mucho que mi abuela pareciese conocerlo tan bien. No lo dije, me di la vuelta y continué acariciándole el cabello hasta que se quedó medio dormía. Hacía un día agradable y mucho más cálido que en Nueva York. Echaba de menos la temperatura templada de Beaufort.

Cuando llegó la noche, me metí en mi antigua cama, solo que ese día la de al lado estaba vacía. Mi hermana Agatha no estaba. Quizás ya nunca volveríamos a pasar noches en vela hablando de tonterías, cuando yo me levantaba y me metía bajo las mantas de su cama para acurrucarme junto a ella. Lo habíamos hecho desde bien pequeñas.

Suspiré, agotada de tanto pensar.

Los ojos verdes de Izan volvieron a mi cabeza.

Ojalá pudiese tener al menos la oportunidad de conocerlo, de demostrarle que estábamos hechos el uno para el otro y que creyese en ello.

Pero él estaba lejos y fuera de mi alcance.

Cuando regresé a Nueva York, lo hice sintiéndome un poco más tranquila y arropada tras pasar el fin de semana con mi familia, pero, aun así, el martes, cuando me tocó clase a última hora con Izan, decidí seguir saltándomela. Sin embargo, ese día sí me acerqué al despacho de la directora de la academia tras solicitar hora con ella.

—Pase, señorita Reed.

—Gracias —dije.

Me senté en la silla frente a la mesa.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Verá, me gustaría saber... si puedo cambiar una de mis asignaturas optativas... En realidad, no quiero cambiarla como tal, sino apuntarme a las de la profesora Faith, que creo que son por las mañanas. No me malinterprete —añadí rápidamente al ver su cara de desconcierto y su frente arrugada—, el profesor Izan Channing es fantástico, sí... pero me gusta el aire de las mañanas, ¿sabe? Como que me inspira más...

—Bueno... —Tosió un par de veces—. Veré qué puedo hacer.

—¿En serio? —Estaba sorprendida y esperanzada.

—Quizás quede alguna plaza libre.

—Muchísimas gracias.

—No me las dé.

Me despedí de ella con una sonrisa agradecida y salí del despacho sintiendo que me había quitado un peso de encima. Luego salí de la academia, me puse los cascos de música y cogí el metro tras caminar dando un paseo. Cuando llegué a casa, el aroma de un guiso casero flotaba en el aire y yo tuve ganas de abrazar a Fred y Richard porque hacían que, a pesar de todo, las cosas fuesen un poquito más fáciles y mi día a día más feliz ahora que estaba en una ciudad en la que no conocía a nadie más.

Después de comer, nos pusimos a ver un capítulo repetido de *Friends* los tres apretados en el pequeño sofá verde que teníamos delante de la vieja televisión.

—Me encanta Phoebe —dije.

—A mí Rachel. —Fred sonrió.

—Yo siempre fui más de Monica —se rio Richard.

—En la variedad está el gusto —concluí yo.

El cielo de la ciudad se fue oscureciendo a través del ventanal del salón

conforme se hacía de noche y el sol se escondía. Nosotros vimos un capítulo tras otro sin dejar de picotear todo lo que encontrábamos en la despensa.

Hasta que llamaron al timbre de la puerta.

—No sé quién será a estas horas —dijo Fred.

—Iré yo. —Se ofreció Richard levantándose.

Escuché cómo abría y, segundos después, aparté la vista de la televisión al escuchar ESA VOZ. Porque podría haberla reconocido en cualquier lugar. No había dudas, incluso aunque me pareciese algo imposible y que no tenía ningún sentido...

Me levanté justo cuando Richard se asomaba al salón.

—Te busca un chico muy guapo... —bromeó.

Me di cuenta de que él no era consciente de quién era ese chico. Pero yo sí lo sabía. Era Izan Channing, mi profesor. Lo vi al salir al rellano. Entorné un poco la puerta para tener algo de privacidad, porque aún estaba tan sorprendida al verlo allí que tenía que asimilarlo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté.

Él parecía nervioso. No dejaba de morderse el labio inferior, resoplar de vez en cuando y caminar por el rellano del edificio de una puerta a otra.

—Quería hablar contigo —dijo parando de andar.

—Pues aquí estoy. —Yo también estaba nerviosa.

Izan vestía unos pantalones claros y un suéter más oscuro del mismo color que su cabello revuelto. Pero el verde de sus ojos era tan intenso como lo recordaba. No podía creerme que estuviese allí, delante de la puerta de mi apartamento.

—Llevas más de una semana faltando a mis clases.

—Sí. —Lo miré decidida—. ¿Y por eso estás aquí?

—Exacto. —Resopló y volvió a morderse el labio.

—¿Y desde cuando los profesores visitan las casas de sus alumnas en plena noche para reclamarles el parte de faltas por asistencia?

Quería que se diese cuenta de que se equivocaba. Si había hecho todo aquello: ir hasta la otra punta de la ciudad y buscarme, solo podía significar que nuestra relación no era la normal entre un profesor y su alumna, pero, sobre todo, que él también notaba esa magia inexplicable que existía entre nosotros cuando nos mirábamos, como si el resto del mundo desapareciese del todo. Entonces recordé que no estaba solo. Llevaba una pesada mochila en la espalda. Una que se llamaba *esposa* y que lo etiquetaba de *comprometido*. Yo no era una persona especialmente prejuiciosa y tendía a ser abierta, pero no

tenía intención de entrometerme en el matrimonio de nadie ni mucho menos de empezar a ser *la otra*.

Me daba igual incluso que fuese el amor de mi vida.

—No sé si eres consciente de lo poco apropiado que es eso —dije.

—Sí que lo sé, pero no dejaba de pensar en ti... —Suspiró.

—Vuelve a casa, Izan. Te estarán esperando.

Me giré para volver a entrar en el apartamento con una sensación de tristeza llegándome hasta lo más hondo del alma, pero él me frenó con sus palabras.

—La directora me comentó tu solicitud del cambio de clase.

Volví a mirarlo de frente, sin temor a que me viese del todo.

—Sí, lo hice. Creo que es mejor así.

—Ni siquiera entiendo qué está pasando.

Era cierto que en mi caso iba con ventaja al conocer el don de la abuela Agnes. No imaginaba cómo estaría siendo para él. Quizás se sentía atraído por mí, o despertaba su curiosidad... y probablemente la culpabilidad le estaría consumiendo por dentro.

—Será mejor que te vayas —dije finalmente.

—No debiste besarme aquel día —siguió él.

—Es verdad, pero no soy de las que se piensan demasiado las cosas.

—Y yo tampoco debería haber accedido a subir a tu casa. Ni siquiera debería estar ahora mismo aquí delante, hablando contigo. —No dejaba de mirarme fijamente.

—Pues no, no creo que a tu mujer fuese a gustarle.

—Pero no he podido evitarlo.

—Izan. —Aguanté la respiración.

—No me espera nadie en casa.

—No lo entiendo —dije.

—Mi mujer y yo no estamos pasando precisamente una buena época. — Su mirada verde estaba cargada de tristeza, eran como dos esmeraldas llenas de pesar—. Nos estamos dando un tiempo desde hace meses. Hace tanto que no estamos bien que ya ni siquiera recuerdo cómo era estar juntos, como al principio...

Una chispa de esperanza se encendió en mi pecho y sentí un torrente cálido recorriendo todo mi cuerpo. Pero no quería sentirlo. Hacerlo me enfadó aún más.

Me enfrenté a él, molesta.

—¿Por qué me lo cuentas?

—No lo sé —admitió—. ¿Estás ocupada ahora?

—No exactamente —dije recordando que había dejado a los chicos viendo capítulos repetidos de *Friends* en el salón del apartamento.

—¿Te apetece dar un paseo?

—Ya es de noche.

—Lo sé.

—Está bien. Espera aquí, ahora salgo.

Me metí en casa con la cabeza hecha un lío y el estómago del revés por culpa de los nervios y tantas emociones juntas de repente. Pasé por el salón un minuto.

—¿Quién era ese? —preguntó Richard—. Estaba para comérselo enterito, de arriba abajo, y luego remojar los restos con pan —bromeó riéndose.

—No te pases —se quejó Fred dándole un codazo.

—Era Izan —confesé—. Y me ha pedido que demos una vuelta.

—¿Tu profesor? —Richard me miró alucinado.

—Mi casi exprofesor, mejor dicho —corregí.

—Ya, pero aún así... —Fred hizo una mueca.

—Ve, ve, luego nos cuentas, no te entretengas más —me dijo Richard—.

Es evidente que tu abuela tiene razón en todo, ¿qué otro sentido tiene que ese chico esté ahí?

—Supongo que sí. —No pude evitar sonreír.

Me cambié de ropa en la habitación y me puse algo cómodo antes de volver a salir. Izan seguía en el rellano, con una mano sujetando la barandilla de la escalera y aún pensativo como cuando lo vi al abrir la puerta. No me quería ni imaginar qué estaría pasando por su cabeza, pero parecía estar luchando consigo mismo todo el tiempo.

—Ya estoy lista.

—Bien.

Bajamos a la calle en silencio. Hacía frío y me maldije por ir siempre poco abrigada y no coger una chaqueta más gruesa. Caminamos hacia la zona céntrica del barrio.

—¿Y no vas a decirme a qué has venido? —insistí.

—Es que aún no lo sé —admitió—. Sencillamente seguí un impulso. La directora me comentó esta tarde lo de ese cambio y no podía quitármelo de la cabeza.

—¿En el buen o en el mal sentido?

—Malo, supongo. Eres mi alumna. La mejor de la clase. No me ha gustado que te fueses por lo que pasó sin antes consultarlo conmigo.

—Era más fácil así —dije por lo bajini.

Se paró y me miró. Sus dedos rozaron mi barbilla cuando me subió el mentón para conseguir que nuestros ojos chocasen. El contacto tan íntimo me hizo temblar.

—Lo de ese beso no estuvo bien, nada bien, pero nunca te arrepientas de ser así de directa. Las personas que hacen y dicen lo que sienten son más felices.

Me sonrió solo a mí y me derretí por dentro.

—¿Y tú haces y dices siempre lo que sientes?

—No —admitió—. Pero me gustaría.

—¿Qué te lo impide?

—El miedo, supongo.

—No lo entiendo.

Sujetó mi rostro con más firmeza.

—Cassie, si ahora mismo hiciese lo que siento, te estaría besando y acariciándote por todas partes hasta escucharte gemir mi nombre —soltó de repente, haciéndome temblar. Sonreí al darme cuenta de que mi chico de colores era mucho más explosivo e intenso de lo que había supuesto. Encajábamos, aunque él aún no lo supiese—. Pero no puedo.

—Porque estás casado, aunque os estéis dando un tiempo.

—No es por eso exactamente, aunque en parte sí.

—Explícate —le pedí.

—No es tan fácil.

—Inténtalo.

—Eres mi alumna.

—En breve dejaré de serlo. Te vas a quedar sin esa excusa.

—Tengo la sensación de que, si te beso, lo poco que queda de mi relación con Liz se destruirá del todo. Y me aterra que pase eso porque es lo único que conozco.

—¿Lo único? —Fruncí el ceño.

—Llevamos juntos desde el instituto.

—Oh, Dios mío. —Me aparté de él.

—No es tan idílico como crees.

—¿Por qué os estáis dando un tiempo?

Ahí sí que se mostró aún más incómodo. Resopló y dimos unos cuantos pasos en silencio hasta que se atrevió a hablar. Parecía estar haciendo un gran esfuerzo.

—Ella me dejó. Me dijo que ya no estaba segura de seguir siendo feliz a mi lado.

—¿Tú estabas enamorado?

—No, pero la quería. La quiero.

Asentí, comprendiéndolo. Así que el chico de colores era al final más complejo de lo que había pensado en un primer momento. No dije nada, tan solo anduve a su lado.

—¿Has cenado? —preguntó él pasado un rato.

—No.

—Yo invito. Vamos.

Entramos en un local pequeño y nos sentamos en una mesa apartada. Hacían un partido de beisbol en la televisión y nadie nos prestaba mucha atención. Leímos la carta y luego el camarero vino a tomarnos nota. Yo elegí patatas rellanas y él verduras a la plancha.

—Así que pretendes no ser mi alumna —continuó.

—Eso es. No me apetece verte todos los días.

Lo dije a tono de broma, pero Izan arrugó la frente.

—Tampoco es tan terrible, ¿no?

—Lo es si no puedo tenerte.

Fui directa, sin andarme por las ramas.

A Izan lo descolocó mi atropellada sinceridad.

—Las cosas no siempre son tan sencillas.

—Depende. Podrías alegrarte por mi cambio de clase, aprovechar para pedirme salir y probar a ver qué tal es conocerme. Quizás te sorprenderías.

—Eres muy joven.

—Tú también.

Se rio sacudiendo la cabeza. Comió algunas verduras y las movió por el plato sin dejar de tener ese aire pensativo y melancólico que a mí tanto me había gustado desde el principio. Ahora que había admitido no estar enamorado de su mujer y me había explicado lo de que estaban dándose un tiempo, no dejaba de pensar en lo mucho que deseaba dejar la cena a un lado, escalar hasta subirme a la mesa, sujetarlo de la camiseta y besarlo hasta dejarlo sin aire. Me parecía una opción de lo más sensata y normal.

“*Cassie, contrólate*”, dijo una voz en mi cabeza.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho...

Empecé a contar mentalmente para tranquilizarme.

—Imagínate que por un instante me intrigases lo suficiente como para que lo que dices no me pareciera una locura —comenzó a decir Izan—. ¿Luego qué? ¿Tenemos un revolcón y nos dejamos llevar a riesgo de que lo poco que queda de mi matrimonio termine y de que la academia se entere de esto? Porque por mucho que deje de ser tu profesor, dudo que vayan a verlo con buenos ojos, eso desde luego.

—La clave está en dejarse llevar.

—Qué fácil haces que parezca.

—Es que lo es. Te lo aseguro.

Izan negó con la cabeza y se terminó su plato en silencio. Después pagó y regresamos caminando hacia el apartamento. Yo no podía quitarme sus palabras de la cabeza. Ahora sabía que no estaba exactamente casado, o al menos, no felizmente casado. Que le atraía, eso era evidente. Y que había notado la conexión que fluía entre nosotros.

Solo que parecía querer ignorarla.

—¿Cuál es tu color preferido? —pregunté mientras paseábamos.

—Qué pregunta. No sé. El amarillo. ¿Y el tuyo?

—El color del arcoíris.

Izan se echó a reír con fuerza.

—Eso es trampa.

—¿Quién lo dice?

Volvió a reírse. Parecía más relajado, como si respirase mejor. Cuando llegamos a la puerta del portal, paramos delante. Lo miré sin saber qué más decir. No quería que se fuese, pero tampoco pensaba arrastrarme más por él. Ya le había dejado clara mi postura.

—Buenas noches, Izan.

Me metí en el portal y la puerta se cerró a mi espalda. Pero resultó que no estaba sola. Sus manos me sujetaron por detrás y me apretaron contra la pared del pasillo. Estábamos a oscuras porque no había tenido tiempo de apretar el interruptor de la luz.

—Cassie... —susurró mi nombre y luego me besó el cuello.

Sus labios húmedos encontraron cada punto que me hizo delirar. Bajo la oreja, cerca de la clavícula, casi en la base de la garganta... Cuando no pude más, notando su excitación contra mis nalgas, me giré con la respiración agitada y arrítmica.

—No debería hacer esto.

—Pero lo harás —dije.

Y efectivamente así fue.

Su boca chocó con la mía con fuerza, casi como si colisionasen. Ocurrió lo que tanto había echado de menos. Vi unicornios, mariposas aleteando, una estampida de dinosaurios, purpurina y fuegos artificiales. Parecía que el suelo daba vueltas mientras sus manos se perdían con furia bajo mi ropa. Nunca había tenido tantas ganas de estar desnuda en ningún otro lugar del mundo ni con ninguna otra persona.

Por suerte, a través del cristal no se veía la calle.

Mis manos fueron directas hacia su torso y bajaron rápidamente hasta encontrar la hebilla de su cinturón. Lo desabroché. Lo toqué por encima del pantalón y descubrí que estaba tan duro que apenas podía abarcarlo solo con una mano.

Él tampoco se quedó quieto. Descubrí enseguida que Izan era de los de cero a cien, todo o nada. No perdió el tiempo antes de desabrocharme los vaqueros y colar una mano dentro, bajo mi ropa interior, palpando mi humedad con los dedos. Introdujo uno en mi interior y me arrancó un grito de placer que acalló cubriendo mi boca con la suya.

—No grites —me pidió en susurros.

—No sé si llegaremos a la habitación.

Izan sonrió cuando le dije aquello, me cogió en volandas para que rodease su cadera con mis piernas y subió las escaleras conmigo a cuerdas, parando de vez en cuando para besarme con una intensidad arrolladora. Me sacó las llaves del bolsillo para abrir. Afortunadamente, Richard y Fred ya se habían acostado y, además, comprendieron perfectamente que no iba sola, por lo que no hubo rastro de ellos mientras entrábamos en el apartamento. Se dirigió sin pausa hasta mi dormitorio y me sentó en el escritorio.

—¿Piensas follarme aquí? —pregunté divertida.

—Por ejemplo. Y luego ahí —señaló la cama—. Y ahí —dijo mirando la repisa de la ventana—. Pero podemos empezar por aquí, ahora mismo.

Me quitó los pantalones que ya colgaban a mis pies y se despojó de los suyos. Yo no pude evitar humedecerme los labios al ver su erección y vi que él temblaba de deseo ante el gesto. Después se puso un preservativo que sacó de su cartera, separó mis rodillas mientras aún estaba sentada sobre el escritorio lleno de trastos y apuntes, y se hundió en mí con fuerza.

—Joder, Cassie —gimió en mi oído.

—Muévete, por favor. —No podía más.

Lo hizo, obediente. Me mordió el hombro al tiempo que me penetraba de una manera salvaje, rítmica y absolutamente enloquecedora. Me iba a morir de placer, si es que eso era posible siquiera. Me abracé a su espalda y grité.

—Más rápido. Y más fuerte —pedí.

—Me voy a correr. Y tú conmigo.

—¡Izan! —grité su nombre mientras lo hacía.

Él también terminó con un gemido profundo.

Después nos quedamos abrazados sin movernos.

Había sido explosivo, rápido e inesperado. La cita más rara de mi vida, porque ni siquiera podía considerarse como tal, claro, y el polvo más salvaje que había tenido jamás.

Izan se separó, fue al cuarto de baño y cuando regresó empezó a ponerse la ropa interior y los pantalones. Noté algo diferente en él, como cuando todo se desvanece y las cosas vuelven a su cauce. Bajé del escritorio y también empecé a vestirme.

—¿Qué te ocurre? ¿No te ha gustado?

—¿De verdad tienes dudas sobre eso? —Alzó una ceja—. Claro que me ha gustado, Cassie. Ha sido... perfecto. Toda tú me pareces perfecta.

—¿Pero...?

Ya empezaba a tener la respuesta.

—No debería haberme dejado llevar.

—Nadie te ha obligado.

—Eso ya lo sé, Cassie.

—¿Entonces?

—No está bien.

—Izan, somos adultos.

—Por eso mismo. Yo soy el adulto, tendría que haber frenado esto, haber sido responsable. —Coloqué una mano en su pecho y él paró de hablar.

Lo miré a los ojos como nunca había mirado a nadie.

—Dame una oportunidad, por favor —dije.

—Cassie, lo siento...

—Tú aún no lo sabes, pero estamos destinados a estar juntos.

—Quizás en otra vida, en otro momento, otra situación.

—No. —Sacudí la cabeza—. Estamos destinados a estar juntos aquí, en esta misma vida y en este momento. Quédate, te lo ruego. —Estaba a punto de llorar.

Creo que él pudo ver las lágrimas casi asomando, porque suspiró y se rindió. Se dejó caer en la cama cuando lo conduje hacia allí tirando de su mano y me tumbé a su lado. Lo abracé. Tenía la sensación de que lo perdería si lo soltaba durante un solo segundo.

—Háblame de ti —le pedí.

Noté que le hizo gracia mi pregunta en medio de aquella situación tan tensa porque su estómago se agitó cuando se rio. Yo le rodeé con mi brazo con más fuerza.

—No sé qué contarte, Cassie.

—Me sirve cualquier cosa.

—Me gustan los perros.

—A mí también.

—Y pintar.

—Y a mí.

—La pizza.

—Creo que me he enamorado del todo.

Me eché a reír para quitarle hierro al asunto y él también lo hizo, pero en el fondo sabía que una parte de mí hablaba muy en serio. Podía enamorarme perfectamente de ese hombre en menos de cinco minutos. Probablemente ya lo estaba de una manera platónica y mágica, pero cada cosa que conocía de él me acercaba más a su corazón.

—Cuéntame más cosas. Sobre tu pasado. Tu familia —le pedí.

—De acuerdo. —Suspiró y apoyó su mejilla en mi cabeza.

Nos quedamos toda la noche hablando sin cesar en susurros.

Izan me contó que se había criado en un pueblo pequeño al norte de Boston con dos hermanas mayores, tres perros y su madre. Su padre falleció cuando él tenía unos catorce años y fue entonces cuando empezó a pintar para sacar todo lo que se guardaba dentro y no podía expresar con palabras. Empezó a salir con Liz en el instituto, sobre los dieciséis, y desde entonces fueron inseparables, aunque no tenían demasiadas cosas en común.

Luego se marcharon a estudiar a la universidad cada uno por su lado. Él hizo Bellas Artes, ella una ingeniería. Mantuvieron su relación a distancia, aunque lo dejaron varias veces a lo largo de esos años. Cuando los dos terminaron de estudiar, decidieron darse de nuevo una oportunidad y se mudaron a Nueva York a vivir porque ella encontró trabajo pronto.

La convivencia fue complicada desde el principio.

En palabras de Izan, se pasaban la mitad del tiempo discutiendo y la otra

mitad trabajando. Durante otra de sus famosas crisis, decidieron pasar por el altar por sorpresa para ver si así conseguían solventar sus problemas, cosa que evidentemente no funcionó. Finalmente, ella decidió que necesitaban una pausa porque no era feliz y hacía ya cinco meses que él había recogido la mayoría de sus cosas del piso que compartían, aunque seguían hablando a menudo y teniéndose un cariño infinito después de tantos años juntos.

—Entonces, ¿en qué punto os sitúa eso?

—No lo sé. Es complicado. Hemos roto y vuelto tantas veces... que ya no sé qué sentido tiene nada. Y ella no es feliz conmigo. Eso fue lo último que me dijo.

—¿Y tú eras feliz con ella? —pregunté con un nudo en la garganta, porque lo que más temía era su respuesta. Casi no podía ni mirarle a los ojos...

—No de la manera que debería.

—¿Cómo?

—No estoy enamorado.

—Entiendo.

—Pero Liz es como mi mejor amiga. Estoy tan acostumbrado a tenerla en mi vida que me cuesta pensar que exista la posibilidad de que no sea así —reconoció.

Le agradecí la sinceridad, porque entendía lo que quería decir, aunque no lo compartía. Yo era de pensar y vivir justo de la manera contraria.

—Pero el amor no es así —le rebatí.

—¿Cómo es? —preguntó abrazándome.

—El amor tiene que tener un poco de locura. Y ser real, intenso. No te digo que deba ser como el de las películas, habrá problemas, siempre los hay, pero si no estás loco por la otra persona, si no estás perdidamente enamorado... jamás superarás esos problemas.

Izan suspiró profundamente y me apretó contra él.

—¿Y qué hay de ti? —cambió de tema.

—Poco que contar, la verdad.

—Quiero saberlo igual.

Le hablé de mi infancia en Beaufort. De mi familia; lo cerrado que era Caleb a veces, lo cuadriculada que era Agatha y lo insegura que había sido Marian antes de empezar a salir de su capullo de seda. Le conté que mis padres eran fantásticos, siempre un apoyo incondicional. Y después le hablé de la abuela Agnes, de la conexión y la relación que tenía con ella. Le confesé

que era mi persona favorita de este mundo.

—Parece interesante —me dijo sonriéndome.

—Lo es. Te encantaría si la conocieses.

—Quizás algún día —dijo Izan.

—Quizás —concedí.

Cuando quisimos darnos cuenta había empezado a amanecer tras la ventana y nosotros seguíamos con nuestros cuerpos enredados y sin parar de hablar de todo lo que se nos pasaba por la cabeza, desde el nombre de nuestras primeras mascotas; en su caso *Coquito* y en el mío un pájaro llamado *Pío*, hasta lo que sentíamos mientras pintábamos.

—Tengo que irme ya —comentó distraído.

—Lo sé. Aunque no quiero —me quejé haciendo un mohín—. ¿Y si en cuanto salgas por esa puerta todo esto es un sueño y no vuelve a ocurrir nunca más?

—No lo será —dijo más seguro.

—Vale. —Quise confiar en él.

Al día siguiente al llegar a la academia tenía unas ojeras que me llegaban hasta el suelo, pero cuando me crucé con Izan por el pasillo a mitad de mañana, no pude evitar sonreír como una tonta al ver que él también parecía igual de adormilado que yo, porque ninguno de los dos habíamos pegado ojo la noche anterior.

Me sentía como en una nube, flotando a muchos metros del suelo. Era como si el corazón se me fuese a explotar dentro del pecho. No podía dejar de pensar y rememorar una y otra vez todo lo que había ocurrido la noche anterior y cómo las horas habían volado mientras hablábamos viendo el amanecer. Tenía tantas ganas de repetirlo...

Estuve todo el día con la cabeza en otra parte, haciendo un esfuerzo para poder atender en las clases. Salía de la última de ellas, cuando Izan se cruzó en mi camino de nuevo por el pasillo, pero esta vez me frenó y me dio un sobre.

—La resolución de su solicitud, señorita Reed.

—Gracias —dije sintiendo un hormigueo por todo el cuerpo.

Luego se alejó. Por un momento, una parte de mí le desilusionó no ver ningún gesto especial por su parte, un reconocimiento de que lo que fuese que habíamos empezado hacía unas horas seguía en pie, a pesar de la sombra de esa chica que siempre había estado en su vida, porque por mucho que Izan no estuviese enamorado de ella o ella no fuese feliz junto a él... no dejaba de pensar que los unía un lazo especial desde su juventud.

Tras entrar en la siguiente clase y acomodarme en el escritorio, abrí el sobre. En efecto. Era la solicitud que le había hecho a la directora y había sido aprobada. Me daba pena perderme las clases de Izan, que eran las mejores, pero si a cambio iba a poder tenerlo a tiempo completo... estaba segura de que aprendería mucho más de él a la larga.

Sin embargo, antes de cerrar el sobre, vi que había algo más.

Una pequeña notita escrita a mano.

¿Nos vemos al salir? Mi estudio está a dos manzanas de aquí, en la calle Onix, número 5, patio 68. Te estaré esperando, Cassie. Me muero por repetir lo de anoche.

Sonreí, contenta por haberle hecho cambiar de opinión.

Yo sabía que Izan se sentía culpable por lo que estaba haciendo entre nosotros. Pero también sabía que lo sentía, que aquello no era un capricho pasajero.

La siguiente hora se me hizo eterna, así que, a mitad de clase, saqué el teléfono y le escribí un mensaje a mi hermana Agatha para contárselo todo.

De Cassie Reed.

Para Agatha Reed.

HA OCURRIDO. Ya sabes a qué me refiero... sexo del bueno. Y no te puedes imaginar cuánto. En serio, Agatha, Izan es perfecto, como uno de esos protagonistas de las novelas románticas que leía sin parar durante el verano pasado. Fue imprevisto, pero tan intenso...

De Agatha Reed.

Para Cassie Reed.

¿Va en serio? No sé si alegrarme o preocuparme por ti.

De Cassie Reed.

Para Agatha Reed.

¿Por qué ibas a preocuparte?

De Agatha Reed.

Para Cassie Reed.

Temo que enloquezcas y llenes el mundo de corazones o algo por el estilo.

Ahora en serio... ¡me alegro tantísimo por ti, Cassie!

Espero que ese chico de colores tuyo se dé cuenta de lo mucho que vales.

Dame más detalles.

De Cassie Reed.

Para Agatha Reed.

Pues a ver, ¿cómo te lo explico para que no te dé un infarto...? Mmmm, Izan está casado, ¡sorpresa! ¿Ya te has repuesto del susto? Bien, ahora la explicación larga: no está enamorado y, al parecer, ella tampoco. Ni siquiera están juntos, hace cinco meses que él se mudó a un estudio. Se estaban dando un tiempo. Y el caso es que anoche vino a verme a casa para

preguntarme sobre por qué había pedido el cambio de clase y terminamos caminando por el barrio, una cosa llevó a la otra y... casi acabamos desnudos en el portal. Pero no sufras, te confirmo que llegamos hasta la habitación.

Y fue increíble. PERFECTO.

De Agatha Reed.

Para Cassie Reed.

¿QUÉ? ¡CASSIE! ¡NO ME HABÍAS DICHO QUE ESTABA CASADO!

De Cassie Reed.

Para Agatha Reed.

Es verdad, decidí omitir esa parte la semana pasada porque sabía que reaccionarías justo así. En serio, Agatha, no es lo que piensas. No es la situación habitual. No soy la otra, ¿vale?

De Agatha Reed.

Para Cassie Reed.

¿Y cómo sabes que es sincero? Cassie, eres más confiada de lo que aparentas, perfectamente podría llevarte a su estudio, que es simplemente eso UN ESTUDIO y no SU CASA, y engañarte tanto a ti como a su mujer, ¿entiendes? Sinceramente, no me gusta esta situación. No me gusta nada.

De Cassie Reed.

Para Agatha Reed.

Él no haría algo así. Confío en Izan.

De Agatha Reed.

Para Cassie Reed.

Confías siempre en todo el mundo.

De Cassie Reed.

Para Agatha Reed.

Tengo que dejarte ya.

De Agatha Reed.

Para Cassie Reed.

Ve con cuidado, ¿vale? Mantén los ojos abiertos. Ya sé que te molesta que te diga todo esto, pero solo me preocupo por ti. No quiero que te hagan daño ahora que estás tan ilusionada...

Me guardé el teléfono en el bolsillo un poco enfadada.

¿Por qué Agatha tenía que fastidiarlo todo? ¿Por qué tenía que haberme dicho aquello? Ahora la idea se me había metido en la cabeza. Y me sentía intranquila, con la ilusión desvaneciéndose poco a poco como cuando a Cenicienta le dieron las doce y su carruaje se convirtió en una calabaza.

Cuando la clase terminó, salí rápidamente con la intención de despejarme un poco. Sin embargo, mis pies se dirigieron sin pensar hacia esa dirección que Izan había escrito en la pequeña nota. Aunque las palabras de mi hermana habían calado en mí de alguna manera, mi instinto me gritaba que no me equivocaba.

Al llegar, llamé al timbre y él me abrió.

Subí las escaleras hasta el cuarto piso.

Allí, Izan ya estaba esperándome apoyado en el marco de la puerta abierta. Me recibió con una sonrisa antes de besarme y rodearme la cintura con los brazos para atraerme hacia él y entrar en el estudio. Cerró la puerta a su espalda.

Volvimos a besarnos con fiereza.

—No hemos dormido nada —dijo.

—Ya lo sé. —Le quité la chaqueta.

—Pero no me importa.

—A mí tampoco.

—¿Estamos locos?

—Quizás —respondí.

Nos sonreímos antes de desnudarnos a toda prisa.

Nunca había tenido tantas ganas de tocar la piel de otra persona, pero con Izan las puntas de los dedos casi me quemaban de ansiedad y deseo. Era esa conexión que nos unía. El destino y la magia. Todo en él estaba preparado para tentarme y hacerme enloquecer.

Él era salvaje e intenso. Nada que ver con el chico que había conocido las primeras semanas en la academia, cuando se mostraba tan cauto. Ahora era consciente de que solo se trataba de represión. Pero Izan era como un león enjaulado que, una vez escapa de los barrotes que lo contiene, ruga con toda su

fuerza sin mirar atrás.

Nos probamos el uno al otro sobre la alfombra que había a un lado de la habitación principal. Con él me sentía yo misma, desinhibida y sin freno. Cuando el placer de mi boca en su miembro fue insoportable, Izan me abrazó y se introdujo dentro de mí de una sola embestida, con los ojos cerrados. Yo jadeé extasiada y me sujeté de su espalda mientras el ritmo de sus movimientos aumentaba hasta lanzarme de lleno hacia el orgasmo que terminamos compartiendo los dos fundiéndonos en un beso largo.

No nos levantamos de inmediato, nos quedamos tumbados sobre la alfombra y mirándonos fijamente a los ojos como si acabásemos de vernos por primera vez.

—¿Por qué me gustas tanto? —preguntó en voz alta.

—Cualquiera diría que eso casi te molesta... —me quejé poniendo voz de niña pequeña, porque no quería que para él fuese un problema, sino todo lo contrario. Yo no había dudado ni un segundo en dejarme llevar y vivir lo que fuese que teníamos con toda la intensidad posible. No me daba miedo el amor, sino todo lo contrario.

—No me molesta, solo es que me sorprende... —Me acarició la curva de la cadera subiendo por mi cintura—. Casi no me reconozco. Nunca había arriesgado tanto. Y apenas nos conocemos, pero en cambio siento que llevamos toda la vida haciéndolo.

—Yo también lo siento así. —Lo abracé.

—Me alegra no ser el único loco de los dos.

—A mí siempre me han dicho que estaba como una cabra, así que no te preocupes por eso. Podemos serlo juntos. Dos locos desenfrenados.

Le di otro beso que Izan correspondió con una sonrisa.

Con él todo era tan fácil... Quería quedarme toda la vida entre sus brazos con esa sensación que me burbujeaba en el estómago. El aleteo de las mariposas.

—Espera aquí, no te muevas —me pidió.

—¿Qué pretendes...?

Izan no contestó. Se levantó, se puso los pantalones y después abrió un maletín de pintura y sacó una lámina en blanco y cogió un trozo desgastado de carboncillo.

Empecé a ponerme la ropa mientras lo miraba intrigada.

—No, no te vistas aún —dijo con la voz ronca.

—¿En serio? ¿A lo Titanic? —bromeé.

—Espero no sufrir el mismo final —se rio.

Me encantaba verlo tan relajado y feliz, era un chico distinto a ese que a veces se mostraba lleno de tensión, como si cargase el peso de muchas decepciones a la espalda.

—Vale, me gusta lo de hacer de musa —le sonreí.

Izan cogió el carboncillo, se sentó a mi lado y me miró durante tanto rato que consiguió que se me encendieran las mejillas, cuando yo no era precisamente alguien que se avergonzase con facilidad. Pero es que sus ojos verdes eran abrasadores y estaban cargados de un sentimiento al que no sabía ponerle nombre.

—Alza un poco el mentón. Así, justo así.

—Me estás poniendo nerviosa —admití pasado un rato.

—¿Y eso? —Siguió pintando.

—En primer lugar, nunca me han dibujado. En segundo lugar, miras de una manera muy intensa. Y en tercero, llevo diez minutos desnuda delante de ti.

Izan sonrió de una manera misteriosa.

—Te responderé por partes. En primer lugar, alguien debería pintarte todos los días. En segundo lugar, te miro como se miran las cosas bonitas. Y el tercero, ni diez horas desnuda delante de mí serían suficientes para lo que de verdad deseo.

—Al final vas a ser de los románticos... —contesté.

Él no dijo nada, pero continuó pintándome. Cuando terminó y me lo enseñó, estuve a punto de echarme a llorar. El dibujo a carboncillo era precioso, delicado. Había trazado con una suavidad exquisita todas y cada una de las curvas de mi cuerpo y mi rostro hecho por sus manos tenía una expresión preciosa, llena de luz.

—¿Puedo quedármelo?

—Sí, si me prometes que repetiremos esto para que pueda hacer uno para mí. —Se tumbó a mi lado y me abrazó, hundió su rostro en mi cabello, relajado.

Estuvimos una media hora así, tan solo acariciándonos y fundidos el uno en los brazos del otro, incapaces de soltarnos y poner distancia. En el silencio de su estudio, no pude evitar que las palabras de mi hermana se repitiesen en mi cabeza.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunté de pronto.

Había querido esperar más tiempo, pero no pude. Pretendía no sonar desesperada o parecer despreocupada, pero ¿a quién quería engañar? Yo

estaba enamorándome de Izan como una quinceañera que se lanza a los brazos de un chico de una manera loca, intensa y arrolladora. Sencillamente no sabía ser o hacerlo de otra manera. Toda mi vida había sido soñadora y extremista, iba del blanco al negro en un segundo mientras casi toda mi familia se mantenía asentada en un cómodo gris. Así que era evidente que tampoco iba a amar a medias, sino todo lo contrario, de lleno y sin reservas.

—¿Te refieres a nosotros? —dudó.

—Sí. —Lo abracé más fuerte.

—Estamos aquí, ¿no?

—Claro, estamos hoy, ¿pero lo estaremos mañana?

—Si tú quieres... —Suspiró profundamente.

—Izan, sabes muy bien quién de los dos lleva una mochila en la espalda y no soy yo. Si de mí dependiese ahora mismo estaríamos a punto de pasar por el altar o algo así en cualquier local de Las Vegas, vestidos de Elvis y con el primer traje de novia que hubiese encontrado de oferta. Soy ese tipo de chica que sabe lo que quiere sin dudar.

—Joder, Cassie. —Me miró alucinado, pero sonriendo.

—¿Qué? Solo te estoy advirtiéndote...

—Nunca he conocido a nadie como tú.

—Bien, no me gusta ser una copia de una copia de una copia.

—Eres irreverente. Y demasiado contestona.

—Contestar es de buena educación —repliqué.

—Y eres excesivamente directa y alocada.

—La vida son dos días, Izan. Y yo pienso vivirlos a tope.

—Creo que podría enamorarme de ti —susurró.

—¿Podrías...?

—Estoy.

—Eso me gusta más.

Le di un beso de tornillo que se alargó más de lo esperado. Nuestras lenguas bailaron al mismo son mientras volvíamos a excitarnos. Pero no podía ignorar que mi pregunta se había quedado un poco flotando en el aire, así que lo frené posando un mano sobre su pecho firme. Él me miró intrigado, con los ojos velados de deseo.

—Entonces, ¿qué pasa con nosotros?

—¿Qué quieres tú que pase?

—Algo serio. Algo real.

—De acuerdo.

—¿Eso significa que estamos saliendo?

—Sí, pero tengo que hablarlo con ella...

La frase se quedó colgada en el aire, suspendida como el humo de un cigarrillo que lleva demasiado tiempo encendido. No me gustaba la sombra que su mujer proyectaba sobre nosotros, pero era consciente de que formaba parte de Izan desde hacía mucho tiempo y que no podía eliminarla ni tampoco deseaba hacerlo.

—¿Hablar qué exactamente?

—Tan solo comentárselo. Cerrar del todo lo nuestro.

—Pensaba que ya estaba cerrado.

Me costaba respirar. Tomé aire al mirarlo.

—Y lo está, pero seguimos casados, ¿recuerdas? Tendremos que resolver eso y, además, ella y yo somos amigos. Nos debemos al menos ser sinceros el uno con el otro.

—¿Qué le dirás?

—Que he conocido a alguien...

—Vale —respondí más tranquila.

—¿Acaso no te fías de mí?

—Quiero hacerlo.

—Entonces no lo pienses más.

—De acuerdo.

Lo abracé con fuerza y nos quedamos tumbados en la alfombra el resto de la tarde sin hacer nada más que el amor, charlar o comer algo que cogimos directamente de la pequeña nevera que tenía en la zona de la diminuta cocina.

La vida con Izan era maravillosa.

Las siguientes semanas fueron sencillamente increíbles.

No recordaba cuándo había sido tan feliz. Llegó el invierno con toda su fuerza a la ciudad de Nueva York, pero ni siquiera me enteré estando cobijada casi todas las tardes entre los brazos de Izan en el pequeño estudio en el que vivía.

Me volvía loca él. Me encantaba hablar durante horas las noches que me quedaba a dormir en su casa e incluso sus defectos me parecían encantadores, como la manía que tenía de quedarse ausente y no escuchar a veces lo que le decía, o lo despistado que era, sobre todo cuando se ponía a pintar y se olvidaba del resto del mundo. Adoraba mirarlo.

Aquel día habíamos decidido salir a pasear por la ciudad.

Desde que oficialmente me habían admitido en la otra clase, ya no nos molestábamos en escondernos por la calle, pero sí guardábamos las distancias en la academia. Si alguien sospechaba al ver cómo nos mirábamos cada vez que nos cruzábamos en el pasillo, nosotros no nos enteramos de ello. Sin embargo, la sensación de poder cogerlo de la mano cuando íbamos recorriendo la avenida me llenaba de alegría.

Paré delante de un escaparate de ropa interior.

—¿Te gusta alguno? —le pregunté.

—Te duraría muy poco puesto.

—Depende. Quizás no te dejaría tocar —lo tenté—. Entremos.

Izan parecía excitado mientras yo miraba algunos conjuntos la mar de seductores. Cogí un par, uno rojo y otro azul oscuro y me acerqué a la zona de los probadores.

—Sé bueno y espera ahí —le pedí.

—No sé si lo conseguiré...

Sus ojos eran dos llamas verdes y relucientes.

Bajé la mirada hasta su entrepierna y vi que estaba más abultada de lo habitual. Con el deseo aumentando, me encerré en el probador, me quité la ropa y me puse el conjunto rojo. Era de un color intenso que contrastaba con mi piel blanca en esa época del año. Me miré desde todos los ángulos antes de decidir abrir la puerta.

Izan clavó la vista en mis pechos, agitado.

—¿Qué te parece? ¿Me lo llevo?

—Déjame que lo toque para ver las calidades de la tela...

Alargó la mano hasta la braguita y tiró con suavidad. Yo me estremecí de los pies a la cabeza. Una vocecita dentro de mí me decía que nosotros siempre seríamos así, que no se trataba solo de esa locura transitoria de los primeros meses en una relación, sino que había una electricidad, una conexión o algo mágico que nos unía.

—¿Qué opinas? —Me lamí los labios.

—Voy a tener que probarlo mejor.

Se coló en el probador antes de que pudiese protestar. Terminé riéndome, así que Izan me tapó la boca con una mano y después sus dedos bajaron rápidamente la braguita del conjunto y se colaron en mi humedad. Dejé de reírme de inmediato, en cuanto lo sentí acariciándome justo en ese punto que me hacía enloquecer. Me sujeté a sus hombros.

—Izan... —gemí con los ojos nublados.

—Déjate ir, Cassie. Mírame.

Lo miré a los ojos llenos de deseo justo cuando el orgasmo me alcanzó y temblé entre sus brazos. Menos mal que me estaba sujetando, porque si no me hubiese caído al suelo de la impresión. Nos abrazamos dentro del probador.

—Estás loco —dije.

—Por ti. —Me besó.

Quería creerlo. Por lo que me había contado, Izan jamás había sido así con nadie más. Nunca se había comportado de una manera despreocupada, sin pensar antes en las consecuencias y actuando según lo que sentía de forma primitiva.

Al final me dejó sola en el probador y tardé unos segundos en calmarme antes de coger el conjunto rojo y acercarme a la caja para pagar. Cuando salí él estaba esperándome en la puerta y me colocó bien la bufanda que llevaba puesta con un gesto dulce.

—¿Qué te apetece cenar?

—A ti. —Le sonreí.

—Eso más tarde, de postre.

—Entonces... pasta. Un italiano.

—Que así sea.

Nos encaminamos hacia un local cercano cogidos de la mano.

Una vez dentro nos acomodaron en una mesa apartada y pedimos una pizza para compartir y una botella de vino tinto. Izan sirvió las dos copas y luego la alzó.

—¿Por qué brindamos? —pregunté confundida.

—Por ti. Porque has sido la mejor alumna del trimestre, por lo que me han dicho.

—¿Lo dices en serio? —Se me aceleró el corazón.

—Los profesores comentan que tienes un talento especial.

—Me vas a hacer llorar.

—¿Por qué?

—Porque llevo toda mi vida teniendo la sensación de que no valía para nada, que no era una buena estudiante y que terminaría fracasando y ahora...

—Ahora te has dado cuenta de que no es así, Cassie. —Me sujetó la barbilla con sus largos dedos—. Eres increíble. Y tienes mucho que mostrarle al mundo.

—Tú has hecho que encontrar la inspiración sea fácil.

Izan sonrió por el cumplido con satisfacción y me robó un beso.

—No habría podido resistirme a tus encantos, aunque hubiese puesto todo mi empeño en ello. De hecho, lo hice, aunque por poco tiempo...

—Ah, ¿sí?

—Claro. Tuve que rechazarte cuando me propusiste por primera vez ir a tomar algo, ¿recuerdas? Unos días antes de que el curso empezase.

Era cierto. Enrojecí un poco.

—Eso escoció.

—Sabía que eras una alumna.

—Jugabas con ventaja.

—Sí, pero también sufrí lo mío. No creas que no me hubiese gustado poder decirte que sí sin pensar y pasar una noche contigo nada más conocerte.

—Aunque tenías el problema de tu mujer. Sigues teniendo.

—No es un problema, Cassie.

—Entonces, ¿por qué no te divorcias ya?

—¿Qué prisa tienes? —Se quejó.

—Bueno, no sé, tal vez que soy tu novia y eso.

—Ya lo hemos hablado, no vuelvas con eso.

Izan puso los ojos en blanco y eso me molestó muchísimo. Él tenía razón en que lo habíamos hablado, pero yo nunca me quedaba del todo conforme. Según me había dicho semanas atrás, había quedado un día con Liz y le había confesado que había conocido a otra chica con la que estaba empezando una relación. Izan me dijo que ella se alegró por él, que se pusieron al día como dos buenos amigos que se conocían casi desde niños y que no hablaron del tema del divorcio. Cuando le pregunté por qué no lo había sacado a relucir, me

dijo que no entendía esa necesidad mía, que solo eran unos papeles.

Y en parte tenía razón. Solo eran papeles...

Pero no dejaba de pensar en esos papeles.

El hecho de que mi hermana Agatha me preguntase cada dos por tres si ya se había divorciado, no ayudaba en absoluto a que lo olvidase. Por supuesto, el resto de mi familia no lo sabía. Les había contado que estaba saliendo con un chico encantador, pero poco más, y a pesar de que mamá me había dicho que lo invitase a pasar las Navidades en casa, todavía no me había atrevido a hacerle esa pregunta a Izan, no sabía por qué.

—Está bien —resoplé enfadada—. Seguiré ignorando que mi novio está casado.

—No lo digas así —protestó.

—Si es que es la realidad.

—Cassie, me voy a divorciar, ¿vale? —Me apretó la mano por encima de la mesa—. Y algún día no muy lejano me casaré contigo porque haces que esté loco y que no recuerde que me prometí que no volvería a pasar por el altar bajo ninguna circunstancia. —No pude evitar sonreír—. Pero necesito un poco de tiempo. Dame una tregua. He arriesgado mucho por ti, ¿vale? Podría haber perdido mi trabajo, he cerrado una etapa de mi vida...

—Ya lo sé —admití.

—Ten paciencia.

—Lo intento...

No era verdad, pero bueno...

Yo jamás había sido una persona paciente, sino todo lo contrario. Cuando en casa celebrábamos Navidad, antes de enterarme de que Papá Noel no existía, me quedaba haciendo guardia por las noches con la esperanza de verlo. Sin embargo, cuando supe que eran los padres, intentaba convencer a mis hermanos para que, en su ausencia, buscásemos los regalos por toda la casa. Agatha pensaba que estaba loca, Marian que estropeaba la sorpresa y Caleb apenas me hacía caso porque estaba ocupado con sus cosas de hermano mayor. A mí me parecía casi imposible esperar de brazos cruzados hasta el día de Navidad. Me obsesionaba la imagen de los regalos brillantes y envueltos en papel de colores. Años después me enteré por mis padres de que tenían que esconderlos en casa de los vecinos para evitar que mi tentación irrefrenable arruinase las fiestas.

Nos sirvieron la pizza, que estaba humeante.

Me comí una porción con las manos, con Izan mirándome sonriente.

Al final regresamos a su estudio caminando. Una vez allí, admiré los trabajos en los que había estado volcado las últimas semanas. Uno de los cuadros lo habíamos hecho entre los dos y era una sensación maravillosa ver aquello que compartíamos.

—Creo que alguien se ha quedado a medias —recordé.

—Cierto. Ven aquí. —Me besó y comenzó a desnudarme.

No tardamos en acabar los dos sudados y saciados sobre la cama de su dormitorio. Yo me quedé un rato remoloneando entre las sábanas mientras él se levantaba para picar algo. Cuando regresó, decidí hacerle la pregunta que tanto tiempo llevaba rondándome.

—¿Qué planes tienes para estas Navidades?

—Nada especial, creo que me quedaré en la ciudad.

—¿No irás a ver a tu familia?

—No, mi madre se va de crucero.

Era casi una señal. Un cartel luminoso brillando intensamente.

—Pues qué casualidad, porque justo estaba pensando... —Lo miré con intención, aunque por dentro temblaba como un flan—, que quizá podrías venir a pasar las Navidades conmigo. —Alcé las cejas y respiré profundamente.

—¿Contigo? ¿Y con tu familia?

—Evidentemente. —Sonreí con aparente calma.

Vi que Izan se pasaba una mano por el pelo con nerviosismo.

—No lo veo claro, Cassie. Es muy pronto...

Fue como un jarro de agua fría. Una parte de mí ya se lo esperaba un poco, pero aún así me dolió y me dejó traspuesta. Me esforcé un mundo por serenarme y mostrarme como siempre: segura y relajada, pero sabía que no iba a conseguirlo.

—Entiendo.

—No te enfades.

—No lo hago.

Pero me levanté de la cama y empecé a vestirme porque de repente me sentía muy expuesta delante de él. Las palabras de mi hermana Agatha se repetían en mi cabeza. Y luego estaban las mías propias, esas que me gritaban que aquello no estaba siendo como debía ser: un amor de película, idílico, lleno de promesas futuras.

—Cassie, ven aquí, hablemos.

Tiró de mi mano para que me girase.

Su cercanía siempre me aceleraba la respiración.

—No creo que haya nada que hablar.

—Dime qué ocurre. Cómo te sientes.

—¿Cómo me siento? —Me falló un poco la voz—. ¿Quieres que sea del todo sincera? Porque quizás no te guste lo que voy a escuchar.

—Correré el riesgo.

Cogí aire y me preparé para soltarlo.

—Me siento como si fuese la otra, Izan. Esa es la verdad.

—¿Cómo puedes decir algo así? Sabes que no es cierto.

—Ya, pero no puedo evitarlo. Tengo la sensación de que soy una especie de amante o pasatiempo para ti. Puedo entender que seamos discretos en la academia, tiene todo el sentido, pero no comprendo que te importe tan poco conseguir firmar los papeles del divorcio. ¿Cómo te sentirías tú si yo estuviese casada? —grité—. Da la sensación de que ves esto nuestro como algo temporal, con fecha de caducidad.

Aguanté las ganas de llorar, porque era una ilusa y había creído que mi amor verdadero, mi chico de colores, sería tan bonito como lo habían sido los amores de mi hermana Marian o de Agatha. Historias en las que solo había dos personas que terminaban dándose cuenta de que necesitaban estar juntas y tenían su final feliz.

Yo estaba viviendo una etapa apasionada y arrolladora, llena de deseo y buenos momentos, pero no tenía la sensación de que Izan quisiese construir un futuro conmigo. Era al revés, casi como si lo evitase. Parecía tener una coraza a su alrededor.

—Lo que estás diciendo no tiene sentido —replicó él molesto—. Si pensase que lo nuestro es algo temporal, ¿crees que habría arriesgado tanto? Podría haber perdido mi trabajo, ¿cómo es posible que no te des cuenta de las cosas?

—¡Eres tú el que no lo hace, Izan!

—¿Qué más quieres de mí?

—Que seamos una pareja normal, ¿te parece mucho pedir?

—Pues lo siento, pero mis circunstancias no son normales, ¿vale? Ha surgido así. Todo ha surgido de esta forma... inesperada. Lo siento, Cassie.

—No lo sientas, haz algo para cambiarlo.

—Necesito un poco de tiempo, eso es todo.

—¿Tiempo para qué?

—Para hacerme a la idea.

—No lo entiendo...

Izan resopló con amargura. Yo no tenía ni idea de qué se le estaba pasando por la cabeza ni por qué reaccionaba así ante algo como el amor, que debería causar justo las sensaciones contrarias: alegría, ilusión, esperanza. Izan casi se mostraba como si fuese más bien una maldición que le había tocado. Retomé el tema.

—¿Y qué pasa con lo de mi familia?

—Cassie, te ruego, dame un respiro...

—No, no es justo para mí.

Izan tomó aire con intensidad. Me miró fijamente.

—Ya lo sé. Sé que no es justo. Y ojalá hubiese podido conocerte en otro momento de mi vida, hace muchos años, pero las cosas son así y a veces no todo sucede de esa forma ideal que nos venden en las películas románticas — se quejó.

—¿Por qué no puedo tener mi cuento de hadas?

Sabía que estaba pareciendo una niña pequeña ante sus ojos, pero me daba igual. Ya me había derrumbado del todo. Yo era así en cualquier sentido: abierta, directa y sin medias tintas. De extremos. Llevaba años esperando a mi chico de colores y al fin lo había encontrado. Izan era delicioso, inteligente y los ratos con él me llenaban el corazón, pero tenía un freno y yo quería que dejase de pisarlo y se dejase llevar con todas las consecuencias.

—¿Te has parado a pensar en algún momento en cómo me siento yo? — preguntó alzando el tono de voz—. No, porque estás demasiado ocupada marcando las pautas de cómo debe de ser ese cuento de hadas que tienes en tu cabeza.

—¿Qué quieres decir con cómo te sientes?

Vi que empezaba a agobiarse, respirando agitado.

—Juré que no volvería a enamorarme, ¿vale? Después de todo lo que ocurrió con Liz, me prometí a mí mismo que jamás volvería a dárselo todo a una sola persona para terminar con un montón de decepciones y reproches.

—Izan...

—Pero entonces llegaste tú, tan caótica, y pusiste todo mi mundo del revés en apenas unas semanas. Y aún estoy intentando asimilar que voy a volver a pasar por todo eso.

—Pero yo no te romperé el corazón —le prometí.

—Nadie piensa eso al comienzo, cuando todo es bonito y fácil.

—No es justo que no me des siquiera la oportunidad.

—Te la estoy dando, Cassie, pero necesito tiempo.

—Por eso lo haces, ¿verdad? Te obligas a ir despacio, aunque sé que tu corazón te grita lo contrario. Evitas conocer a mi familia, involucrarte más. Evitas firmar esos papeles porque sabes que entonces no tendrás ninguna excusa a la que aferrarte.

Empezaba a comprender a Izan, por mucho que él lo negase.

—Déjalo ya, Cassie. Ven aquí.

Me abrazó con fuerza y yo correspondí su abrazo a pesar de todos los problemas y las dudas que empezaban a brotar entre nosotros. Éramos tan opuestos... Yo buscaba un príncipe azul. Él quería esquivar a otra princesa. Yo llevaba años esperándolo. Él ni siquiera pensó que tenía algo más que esperar durante esos años, porque creía tenerlo ya con otra persona. Qué injusto era que no nos hubiésemos cruzado antes...

Lo abracé tan fuerte que pensé que le haría daño.

Porque me di cuenta de que, aunque él no parase de pisar el freno, yo seguía rodando cuesta abajo sin parar. Sabía que no era el mejor momento, pero las palabras se me escaparon sin que pudiese hacer nada por detenerlas.

—Te quiero, chico de colores.

Él no respondió. Solo respiró hondo contra mi pelo.

Pasaron algunos días de calma. Yo intenté ser paciente y no forzarlo más, así que el siguiente fin de semana decidí no quedarme a dormir en su apartamento y darle un poco de espacio. Cuando volví a casa tras pasar la tarde con él, Richard y Fred me propusieron ver una película y comer palomitas en el salón y nachos con queso.

—No se me ocurre un plan mejor —sonreí.

—Pues no se hable más. Yo me encargo de los nachos.

Estuvimos un rato trajinando en la cocina mientras nos poníamos al día. Fred estaba probando un nuevo menú en el restaurante que funcionaba a las mil maravillas y Richard tenía un sinfín de exámenes que corregir aquella semana, pero pensaba que el viernes por la noche se merecía un descanso después de toda la semana de clases.

—¿Qué vemos? —preguntó Fred.

—Algo romántico —respondí decidida.

—Tú siempre eliges algo romántico.

—Será para contrarrestar el drama de mi vida —ironicé.

—Venga, cielo, no seas exagerada. —Richard me miró con intención. Les había contado a los dos lo ocurrido la semana anterior, básicamente porque a quien en realidad me apetecía contárselo y no me atreví, fue a mi hermana Agatha. Sabía que si se lo decía a ella me diría que estaba siendo demasiado blanda y confiada con Izan y no quería tener más dudas en la cabeza. Puede que su novio Daniel fuese perfecto. Pues bien, el mío no lo era, pero lo quería igual—. Yo entiendo la postura de Izan, tiene sentido...

—¿De verdad? —Arrugué el cejo.

—Sí, piénsalo. Imagina lo que es estar tantos años con una misma persona, darte un tiempo y en ese lapsus conocer a alguien que lo trastoca todo. Es un cambio de vida. Muchas cosas. Nos dijiste que aún tenían un piso en común y todo, ¿no? Tendrán que ponerlo a la venta. Hacer trámites. Debe de dar vértigo todo eso.

—Pero yo no tengo la culpa.

—No la tienes —estuvo de acuerdo Fred mientras vertía el queso derretido encima de los nachos—, pero es cierto que cuando nos enamoramos de alguien lo hacemos con todas las consecuencias, ¿no? Algunas personas llevan más equipaje que otras.

—¿Y tengo que cargar yo con ese equipaje?

—No, pero sí entenderlo. Si hubieses conocido al Izan de dieciséis años, probablemente habría sido muy diferente. Un chico que aún no se ha enamorado ni ha salido de la ciudad, dispuesto a comerse el mundo y a vivir de lleno...

—No es justo.

—¿Tú eres feliz cuando estás con él?

—Mucho. Demasiado —respondí, porque era la pura verdad. Cuando estaba junto a Izan el resto del mundo desaparecía de un plumazo y no me importaba nada más. Los dos éramos felices saliendo por ahí o pasando horas en su estudio pintando y haciendo el amor. Me derretía al verlo sonreír. Si vivíamos el presente, todo era perfecto.

—Entonces quédate con eso, Cassie. No te digo que te conformes, de eso nada, pero el chico te ha pedido tiempo... Dáselo. No todas las personas llevamos el mismo ritmo. Quizás él no pueda seguirte o necesite calma antes de tomar impulso.

—Sí y tú eres a veces excesivamente intensa —apoyó Fred.

—Bueno, tampoco tanto...

—¡No lo niegues!

—Un poco —insistió Richard—. Pero es normal. Llevas tiempo esperando esto y cuando por fin encuentras el amor, te lanzas de lleno. Para Izan es diferente. Llevaba tiempo en el amor y quería alejarse de él, ¿lo entiendes? Es como si tú estuvieses avanzando en el camino hacia delante, Izan hacia atrás y, misterios de la vida, os hubieseis cruzado en un punto intermedio. A veces el destino es muy caprichoso.

—Eso es verdad. —Suspiré hondo.

Yo entendía lo que querían decirme, pero no podía evitar tener esa espinita en mi interior. También comprendía a Izan, pero a veces me costaba relajarme en ese sentido. Me atemorizaba perderle. O que quisiese estar solo y se diese cuenta de que no estaba enamorado de mí, porque le había dicho que le quería... y él no había sido capaz de responder.

¿Y si me quedaba sin el amor de mi vida?

Fuimos al salón y terminamos poniéndonos una película. Fue preciosa. Nos comimos los nachos y buena parte del bol de palomitas. Después de aquello, de hecho, no tenía ganas de cenar, algo que no compartían mis compañeros de piso.

—¿Por qué no vamos al indio que está en el centro?

—¿En serio? —Miré a Fred—. Si voy a reventar.

—Yo voto por el indio —apoyó Richard.

—Id vosotros chicos. No tengo hambre.

—Tú te lo pierdes, la comida de ese sitio es espectacular.

Me despedí de ellos poco después cuando se marcharon para cenar. Además, pensé que así tenían la oportunidad de pasar la velada solos y disfrutar de un poco de intimidad.

Luego fui a mi habitación, me senté en la cama y cogí mi cuaderno de dibujo. Otra cosa no, pero la situación que estaba viviendo me inspiraba como nunca me había ocurrido. Izan tenía razón y varios profesores me habían felicitado en las últimas semanas. No podía parar de volcar en el papel todo lo que sentía. Y sentía mucho más de lo que podía recordar. Así que me desahogaba delante del folio o el lienzo en blanco, dejándome llevar y provocando una explosión de sentimientos que se quedaban ahí para siempre.

Cogí el lápiz y empecé a dibujar sombras, luego un perfil que conocía bien, unos labios que no me cansaba de probar y unos ojos expresivos e intensos que me hacían temblar de deseo. El rostro pensativo de Izan poco a poco fue tomando forma.

Hasta que sonó el teléfono y dejé el lápiz a un lado.

Lo cogí al ver que era Agatha. Me extrañó que llamase a esas horas.

—Hola, hermanita. ¿Ocurre algo?

—Sí. —Se le quebró la voz—. Es la abuela.

—¿Agatha? —Se me formó un nudo en la garganta.

—Está bien, tranquila. Pero se ha caído...

—¡No! —Me dolía imaginarlo.

—Bajó las escaleras sin avisar a los papás y tuvo un traspiés. Está ahora mismo en el hospital. Yo voy a coger el primer tren que salga. Caleb también va de camino. Y quería avisarte, aunque quizás no sea necesario que cambies todos tus planes...

—Voy para allá —la corté de inmediato, levantándome.

—De acuerdo.

—Mantenme informada.

Le colgué el teléfono y abrí el armario. Cogí la mochila de mano y metí dentro las primeras prendas de ropa que encontré para pasar algunos días allí. Luego, mientras bajaba las escaleras del edificio, busqué con el móvil el horario de los siguientes trenes, pero no había ninguna plaza libre para el último que salía esa noche. Me planteé coger el autobús, pero era lento, hacía varias paradas y tardaría una eternidad en llegar.

Al final, decidí correr el riesgo y pillé un taxi para ir hasta su casa. Una vez pagué y bajé, respiré hondo delante del portal de Izan. El portero me abrió la puerta y me saludó con una sonrisa cordial. Ya estaba cansado de verme por allí durante el último mes.

Dada la situación, había pensado en pedirle a Izan que me acercase con su coche hasta casa. Solo serían unas horas de trayecto y, a fin de cuentas, era mi novio. Debería poder tener con él la suficiente confianza como para pedirle un favor así.

Desde que Agatha me había llamado tenía el corazón en un puño. No dejaba de imaginarme a la abuela en una camilla de hospital y me entraban ganas de llorar.

Llamé al timbre y esperé, nerviosa y sin poder parar de mover las piernas. ¿Y si lo que se había hecho era más grave de lo que parecía? Las contusiones podían ser profundas. Provocar derrames. Problemas. La abuela era muy mayor y delicada.

Inspiré profundamente justo cuando Izan abría.

Vi el desconcierto llenando su rostro.

—Cassie, ¿qué haces aquí...?

Lo conocía tan bien que no me costó más de dos segundos darme cuenta de lo tenso que estaba. La rigidez en su cuello y los labios apretados eran una señal clara, la misma que había visto en él los primeros días en la academia, cuando me evitaba.

—Necesito... necesito un favor...

Dejé de hablar cuando, tras él que estaba en medio de la puerta sin invitarme a pasar, vi la encimera de la pequeña cocina con dos copas medio vacías de un líquido rojizo.

DOS copas. Algo hizo clic en mi cabeza de golpe.

—¿Qué te ocurre? —preguntó preocupado.

—Déjame pasar —dije con impaciencia.

—Cassie, espera, dime qué es lo que...

Pero no le permití ni siquiera seguir hablando. Me colé en el estudio pasando por debajo del brazo que tenía apoyado en el dintel de la puerta y entré. Entonces vi a la chica que estaba sentada en ese sofá donde tantas veces habíamos hecho el amor. Era rubia, con la piel muy pálida, los ojos de un llamativo color azul y una expresión dudosa en su rostro que no supe entender. Pero supe que era ella. Liz. Ahí sentada con otra copa en la mano después de las dos que ya se habían tomado antes, a las tantas de la noche. Tampoco hacía

falta que fuese muy lista para entender que se lo habían estado pasando muy bien.

Aguanté las lágrimas con fuerza.

Di media vuelta, salí y me fui.

Izan me siguió por las escaleras.

—Cassie, espera, deja de caminar, maldita sea.

Yo era incapaz de hablar. Por primera vez en toda mi vida, no tenía palabras, tan solo un nudo inmenso en el estómago que me subía por la garganta y me apretaba el pecho, como si se me fuese a partir el corazón. Quizás porque eso era justamente lo que estaba sucediendo en esos momentos. Salí del portal con Izan pisándome los talones y hablando sin cesar, pero no lo escuchaba. Sus palabras estaban vacías.

—No es lo que estás pensando, Cassie.

Alcé la mano cuando llegué a la avenida en busca de un taxi.

Izan se plantó delante de mí con el rostro tenso y me obligó a mirarlo.

—Tenemos que hablar. No puedes irte ahora. Cassie, escúchame.

Un taxi paró delante y respiré aliviada, con los ojos ya enrojecidos.

—Espera, espera. —Izan me cogió del codo.

—Suéltame. —Tiré con fuerza del brazo para liberarme.

—¿Por qué has venido? ¿Qué necesitas...? Cassie.

Me giré en mitad de la calle una última vez y lo miré de frente.

—De ti ya no necesito nada, Izan.

Después me subí en el taxi y le pedí que me llevase a la estación de autobuses más cercana. Una vez allí, me di cuenta de que no tenía demasiada batería, así que llamé a Richard y Fred para explicarles lo sucedido y que no se preocupasen al llegar a casa y no verme. Bloqueé las múltiples llamadas de Izan y subí a mi autobús cuando llegó.

Solo una vez dentro me permití derrumbarme del todo.

Lloré mientras nos alejábamos de la ciudad. Pensé en la abuela y en cómo se sentiría en esos momentos. Luego recordé lo que acababa de suceder, a Liz sentada en ese sofá que para mí era casi nuestro, y las lágrimas se derramaron con más fuerza.

Fui entonces consciente de que mi media naranja había salido un poco ácida. Y me di cuenta de que, aunque llevaba toda mi vida deseando encontrar a un príncipe azul, probablemente iba a quedarse solo en un sueño frustrado, pero, de alguna manera, eso me hizo comprender que a todo se sobrevive. Pues bien. Sería feliz sola. Conocería a otros hombres también interesantes a

lo largo de mi vida y aunque no tuviese ningún amor profundo e incondicional como el de mis hermanas, los tendría de otra manera.

Me acoplaría a las circunstancias, porque eso era mucho mejor que la idea de ceder y de seguir apostando por Izan cuando estaba claro que él seguía anclado en su pasado.

Cuando llegué a casa ya era por la mañana. Mi padre estaba en la sala de espera del hospital con gesto ausente y los brazos cruzados. Me acerqué hasta él y lo abracé.

—¿Cómo está la abuela? —pregunté impaciente.

—Más o menos. Se ha roto la cadera.

—Oh, no. ¿Ella ya lo sabe?

—Se lo ha dicho tu madre hace un rato.

Sabía que no se lo tomaría demasiado bien. Ya le frustraba mucho que mamá estuviese siempre detrás de ella, como para sentir que la poca movilidad e independencia de la que gozaba se cortaba de golpe. Me dio pena pensarlo.

Mi hermano Caleb apareció en ese momento acompañado por su mejor amigo, Asher, y Marian, que estaba inmensa con la barriga redondeada. Los abracé a todos, porque además en esos momentos necesitaba precisamente un poco de cariño familiar.

—¿Has venido en el bus? —preguntó Caleb.

—Sí, no había plaza en el tren.

—Podrías haberme avisado.

—Claro y te habría tocado hacer el doble de recorrido.

—Lo habría hecho por ti, enana. —Me besó la frente.

Parpadeé para no echarme a llorar de nuevo. Esa misma respuesta hubiese sido perfecta en los labios de Izan, pero me había fallado cuando más lo necesitaba. No solo eso. Me había traicionado. Suspiré guardándome mis tristezas en ese momento.

—Voy a subir para ver a la abuela.

—Vale, es la habitación 203.

Los dejé atrás y monté en el ascensor. Una vez llegué a la planta, eché a caminar por el largo pasillo lleno de ramos de flores en las puertas. De una de ellas vi salir a una chica igual que yo, solo que vestía más sobria, apenas llevaba maquillaje y su cabello no estaba teñido de color. Agatha. Casi me lancé a sus brazos al verla.

—La abuela está bien —me calmó frotándome la espalda—. Tan testaruda como de costumbre. Se ha negado a comerse el puré de patata, dice que sabe a pies.

Reí entre lágrimas y Agatha se separó para mirarme.

—Seguro que tiene razón —dije trémula.

—¿Qué te ocurre, Cassie?

—Nada. Es por la abuela...

—La cadera se curará.

—Ya.

—Te pasa algo más.

—No, de verdad. —Me limpié las lágrimas con la manga de la sudadera rosa que llevaba y evité mirarla a los ojos porque sabía que si lo hacía lo descubriría todo.

—Si no me lo dices por las buenas, te juro que...

—He roto con Izan.

—¿Qué?

—Bueno, técnicamente, ni siquiera he roto con él con dignidad, sino que me lo he encontrado en su estudio con su exmujer a las once de la noche bebiendo un cóctel de no sé qué. Es guapísima, por cierto. Seguro que llevaban horas teniendo sexo desenfrenado. En fin. No pasa nada. No pasa nada. Menos mal que la abuela está bien...

—Dios mío, Cassie, estás fatal. Ven aquí.

Me abrazó otra vez, pero más fuerte. Cómo me conocía.

—Ya se me pasará —mentí.

—Entonces... —dudó—, entiendo que no era tu chico de colores, ¿no? Quizá confundiste tus sentimientos. Ya sabes, eres intensa de normal, puede que exageraras...

—No, de eso estoy segura —la corté—. Izan es mi chico de colores, solo que me ha salido rana. —Sacudí la cabeza—. Da igual, no quiero pensarlo más. Ahora solo quiero entrar y ver a la abuela y pasar un rato con ella.

—De acuerdo. Luego hablamos.

—Gracias, Agatha.

Me despedí de mi hermana y entré en la habitación. Mi madre me saludó con una sonrisa triste y luego se marchó y me dejó a solas con la abuela, que estaba postrada en la cama. Me miraba con sus ojos velados y los labios arrugados estirados.

—Acércate, cariño —me pidió.

Lo hice con los ojos llenos de lágrimas.

La cogí de la mano. Estaba fría.

—Me habías preocupado, abuela.

—Ya lo sé, mi pequeña, pero no es nada. Estaré caminando cuando

menos te des cuenta. —Al menos, advertí que aquel día su mente parecía estar lúcida—. La próxima vez que vengas, ya estaré bien. —Me apretó la mano con cariño.

—No sé si quiero marcharme de nuevo —dije con un puchero, sintiéndome de nuevo una niña pequeña cerca de mi abuela, como cuando ella tenía el poder de solucionar todos nuestros problemas tan solo con una canción o un buen consejo.

—¿Qué te pasa, Cassie?

—Nada, pero en la ciudad me siento sola. Y estoy triste... Quiero pintar, pero no sé si hacerlo vale lo mal que me hace sentir la idea de volver allí...

—Tu sitio está lejos de aquí ahora. —Suspiró—. ¿Es por ese chico?

—Ya no hay chico —la corté.

—Oh, cariño...

—Me ha roto el corazón.

La abuela tiró de mi mano y terminé abrazándola antes de echarme a llorar. Con ella sentía que podía mostrar mis sentimientos abiertamente sin miedo a ser demasiado intensa y exagerada. Era la única que jamás me había juzgado por ello.

—¿Sabes una cosa? Todo lo que se rompe puede volver a arreglarse.

—No lo creo.

—Ya lo verás.

—¿Por qué no puedo tener un amor de verdad como el de Marian o el de Agatha?

—¿Crees que para ellas fue tan fácil?

—Sí.

—Pues te equivocas.

—Son felices...

—Tú también lo serás, mi pequeña impaciente.

—No es justo —me quejé.

—Confía en mí, Cassie. —Tomó aire con cansancio e hizo una mueca al moverse un poco por el dolor de los huesos—. Ahora creo que necesito descansar.

—Claro. Yo me quedo contigo.

Permanecí a su lado mirando su rostro dulce mientras ella cerraba los ojos y se relajaba hasta, poco a poco, conciliar el sueño y quedarse dormida. Pensé en todo lo que había ocurrido durante las últimas horas y deseé acomodarme a su lado y dormirme también, porque apenas había pegado ojo

aquella noche viajando en el autobús, pero seguía estando tan nerviosa que me era imposible planteármelo siquiera.

Cuando mi madre entró a sustituirme horas después, me fui a casa con el resto de mi familia. Esa noche, todos los demás cenamos juntos en el comedor principal. Mi padre cogió hamburguesas para llevar por el camino y nos reunimos a degustarlas. Caleb parecía ausente, perdido en sus pensamientos, más distraído de lo normal. Agatha y Daniel, que había venido tras enterarse de la caída de mi abuela, cuchicheaban a un lado de la mesa y se reían juntos de vez en cuando. Asher hablaba con papá sobre deportes y Marian se acariciaba la inmensa barriga con gesto distraído. Todos estábamos más tranquilos ahora que sabíamos que la abuela estaba bien y fuera de peligro. La fractura había sido limpia.

Cuando la cena terminó y comentaron algo sobre tomar una copa en el local del pueblo, denegué la oferta y decidí subir a mi habitación. Estaba cansada y tampoco quería ser una carga para mis hermanas, que estaban acompañadas.

Ya me estaba metiendo en la cama, cuando Caleb llamó a la puerta.

—¿Puedo pasar?

—Claro.

—Quería preguntarte... —Se mostraba incómodo—. ¿Has hablado hoy con la abuela? ¿Crees que estaba... ya sabes, en sus cabales?

—¡Caleb! —exclamé enfadada.

—¿Qué? Es solo que me dijo cosas... raras. Quería asegurarme de que no tenía un mal día, de esos en los que se pierde un poco —se excusó.

—Hoy estaba genial. ¿Qué te dijo?

—Más bien qué me pidió —dijo mi hermano mientras se sentaba a los pies de mi cama como cuando éramos pequeños. Parecía preocupado de verdad.

—Venga, desembucha.

—Me pidió que me quedase aquí, en el pueblo. Al menos durante una temporada.

—¿Por qué? —Fruncí el cejo.

—Dice que ahora que está mal de la cadera no puede ir a ver a esa niña... la hija de Emma Chastair. Mamá me dijo que había pasado mucho tiempo con ella últimamente.

—¿Qué tienes que ver tú con todo eso?

—Quiere que la cuide. A la niña.

—¿La abuela ha enloquecido?

—Dice que justo a su madre le han ampliado el turno de trabajo y que necesita que alguien se quede una hora con la chiquilla. Ni siquiera sé su nombre. —Suspiró—. Tenía la esperanza de que no supiese ni lo que decía hoy.

—¿Cómo es posible que te haya pedido que hagas de niño?

—Y más ella, que jamás me ha pedido nada y que sabe que no soy de quedarme en casa demasiado tiempo. Además, tuve algo con Emma, hace ya algunos años, en el instituto.

—Ya lo sé.

—No creo que se alegre de verme.

—Conociéndote...

—Eh, que no fue mi culpa esa vez.

—¿No? ¿Te dejó ella?

—No exactamente —se frotó la nuca—. Tampoco lo recuerdo ya bien.

—Bueno, entonces, ¿lo harás?

—Aún no lo he decidido.

—Yo sería incapaz de negarle nada.

Caleb se quedó pensativo tras escucharme y suspiró con pesar. Sabía que la abuela lo había puesto en un compromiso, pero, desde mi punto de vista, si le había pedido que se quedase, sería por una buena razón. Quizás Caleb necesitaba volver a casa un tiempo.

—Buenas noches, enana.

—Buenas noches, Caleb.

Me di la vuelta en la cama cuando se fue y me acurruqué entre las mantas mientras de fondo, en la calle, empezaban a escucharse villancicos navideños por el comienzo de las fiestas que no tardarían en llegar en todo su esplendor.

Pasada la madrugada, sentí un cuerpo a mi lado y me desperté sobresaltada hasta que me di cuenta de que era mi hermana Agatha, que se había metido en la cama conmigo como cuando éramos pequeñas. Entonces todo era mucho más fácil.

—Todo pasará, Cassie, ya verás —me susurró.

No le di las gracias, pero no hizo falta.

A pesar de la tristeza que sentía al pensar en Izan y lo que habíamos vivido juntos y ya no podría ser, a la mañana siguiente cuando bajé a desayunar a las tantas y me encontré allí a toda mi familia (mamá y la abuela incluidas, que acababan de volver del hospital), me sentí mucho mejor, reconfortada y arropada por todos ellos. No cabía ni un alma en la cocina y eso que era bien grande. Todos hablábamos alrededor de la mesa principal mientras nos comíamos las tostadas que papá había preparado y hacíamos otra tanda de café.

—Entonces, ¿las cosas van bien por la academia? —insistió mamá.

—Sí, todo genial —contesté secamente.

—La Cassie que todos conocemos estaría taladrándonos los oídos con un montón de detalles innecesarios —sospechó Asher—. ¿Ha ocurrido algo?

—No, nada en absoluto —cerré la discusión.

Mi madre miró a Caleb, que seguía distraído.

—¿Cuándo te marchas, cariño?

—Ehhh... todavía no lo sé —respondió mirando a la abuela, que tenía sus ojos fijos en él de una manera penetrante e intensa—. Quizás me quede una temporada.

—¿En serio? —Papá estaba sorprendido—. Qué buena noticia.

—Sí, ya veremos. —Mi hermano resopló incómodo.

Me gustó que tuviese en cuenta las palabras de la abuela. Quizás quedarse en el pueblo tuviese algo que ver con su chica de pelo rosa, esa a la que estaba destinado, aunque a decir verdad no conocíamos a ninguna chica que llevase el pelo rosa en el pueblo. Pero ¿quién sabe? La vida era impredecible y todos los años llegaban muchas turistas en la época veraniega del buen tiempo. Puede que todos los hermanos Reed fuesen a encontrar el amor verdadero. Menos yo, claro. Yo estaba maldita desde siempre, al parecer.

Parpadeé rápidamente para evitar llorar de buena mañana.

—¡Han llamado al timbre! —gritó Agatha.

—Ve tú —me quejé cogiendo mi café.

—Que vaya Caleb —terció ella.

—Paso de levantarme.

—Chicos, dejad de discutir —se quejó mamá.

—Ya voy yo —se ofreció Daniel amablemente.

Continuamos comiendo mientras hablábamos todos a la vez de cualquier cosa. Nuestras voces se fusionaban unas con otras en la pequeña cocina. Y, entonces, de repente y sin venir a cuento, se hizo un silencio sepulcral.

Me giré. Y casi me atraganto con el café.

Izan Chaning estaba en la puerta de la cocina de mi casa, mirándome fijamente mientras toda mi familia lo miraba a él con curiosidad y desconcierto. Tenía un aspecto terrible. Ojeras, el cabello desordenado y tensión sobre sus hombros.

—Ha preguntado por ti —se excusó Daniel mirándome.

Estaba tan sorprendida que no fui capaz de decir nada de nada.

—Hola... —Izan también parecía un poco nervioso al ver a tanta gente—. Hola a todos —concluyó ante el continuado silencio—. He venido aquí buscando a Cassie... Lamento la interrupción —Luego me miró—. ¿Podemos hablar?

Ni siquiera sabía qué responder. Estaba totalmente bloqueada.

—Ve a hablar con él —me animó la abuela de repente.

Como un autómatas, me dirigí hacia él, pero justo en ese momento un chillido llenó el aire de la cocina y todos nos giramos hacia Marian, que tenía una mano en la tripa.

—¡He roto aguas! —gritó mi hermana mayor.

—¿Qué? —Asher parecía conmocionado, como si acabasen de anunciarle que iba a ser padre y no lo supiese desde hacía casi nueve largos meses.

—¡Rápido, hay que ir al hospital! —exclamó mi madre.

—Dios mío. —Agatha sonrió conmocionada.

—Voy a ser tío. —Caleb sonrió.

Me quedé mirando a Izan sin saber qué decir.

—Me tengo que ir —murmuré finalmente.

—¿Puedo acompañarte? —preguntó.

—Puedes. Y debes —intervino mi abuela.

Y menos mal, porque en esos momentos estaba totalmente anulada. Era como si todas las noticias de los últimos días me hubiesen dejado hecha una piltrafa que no sabía sumar dos más dos. Al final, no sé cómo, terminamos todos repartiéndonos entre los coches y yendo de camino al hospital. El corazón me martilleaba dentro del pecho mientras barajaba todas mis opciones: a) ponerme a gritar en cuanto empezase a mentirme y a excusarse, b) no dejarle entrar en el hospital ahora que por fin estaba despertando de mi

letargo y pedirle que volviese por donde había venido, c) ¿por qué tenía que ser tan guapo?

No podía dejar de mirarle de reojo mientras mi padre lo interrogaba sin dejar de conducir. A pesar de que parecía cansado, todo él era deslumbrante.

—¿Y a qué te dedicas, Izan? —preguntó mi padre.

—Bueno... —Noté que estaba incómodo—. Soy profesor.

—¿De qué?

—De... de arte...

—Ah. —Mi padre parpadeó conmovido mientras ataba cabos—. ¿Y dónde das clases? —siguió insistiendo con la mosca detrás de la oreja.

—Papá, ¿esto qué es? ¿Un interrogatorio? —protesté para intentar salvar la situación, aunque ya había poco que hacer. Mi hermano Caleb frunció el cejo.

—¿Te estás tirando a tu profesor? —intervino.

—¡Caleb! —grité.

—¡Cassie! —gritó mi padre.

—No soy su profesor —intervino entonces Izan, mirándome—. Soy su novio.

—Exnovio —puntalicé yo.

—Creo que tenéis cosas que hablar —opinó Caleb.

Por suerte para mi salud mental, llegamos al hospital. Fui la primera en bajar a toda prisa. Cuando nos reunimos todos en la sala de espera, Marian ya había entrado por urgencias. Asher no tardó en pasarse por allí para informarnos de que todo iba genial y de que había empezado a tener contracciones sin necesidad de que le pudiesen oxitocina. Después se marchó emocionado para pasar aquel momento tan especial con su pareja.

Izan se acercó a mí cuando consiguió que mi padre lo soltase y dejase de hablar de quién sabe qué o de hacerle preguntas. Toda aquella situación era surrealista.

—¿Podemos hablar?

—No es el mejor momento —me excusé.

—Por favor, Cassie. Tú solo escucha lo que tengo que decir, y después te prometo que me iré y no volveré a molestarte nunca más si es lo que quieres.

No pude resistirme ante esos ojos verdes.

—Vale.

Salimos del hospital y nos dirigimos hacia la parte trasera. Había un pequeño parque y pasamos en silencio internándonos en los jardines que olían

a rosas y jazmín.

Cuando encontró las palabras, suspiró profundamente.

—Cassie, para de caminar. —Me rogó cogiéndome de la muñeca para que me girase hacia él. Yo me solté porque no podía soportar el tacto de su piel—. Necesito que me entiendas. Que comprendas lo que has sido para mí.

Eso me cabreó. Lo enfrenté decidida.

—Una aventura. Sexo. Diversión. Ya lo sé.

—No lo sabes si piensas eso.

—Está bien, sorpréndeme.

Me crucé de brazos a la defensiva.

—Has sido un tren. Un tren arrollador. —Vale, eso no me lo esperaba—. Así es como te veo. Tú vas en línea recta sin pisar el freno y arrasas con todo lo que te encuentras en tu camino. Y yo estaba ahí en medio, pero apareciste en un momento en el que no estaba preparado para un golpe tan brusco. Porque, por si no lo sabes, eres explosiva. Intensa. Has puesto mi vida patas arriba en apenas unos meses.

—Pues lo siento, ¿vale? —repliqué enfadada—. Pero así soy yo. Así he sido siempre. No puedo cambiar. Búscate algo que se acople más a ti. Oh, perdona, que ya lo tienes. Bien. Pues vete con ella y deja de torturarme de esta manera...

Izan se pegó tanto a mí que nuestros cuerpos estaban juntos. Dejé de respirar cuando su aroma embriagador penetró en mis fosas nasales.

—No quiero que cambies.

—Estás mintiendo.

—Y no estoy con nadie más.

—Mientes...

—Te quiero, Cassie.

—¿Por qué me estás haciendo esto?

Iba a llorar de pura frustración y confusión.

Izan me cogió de la mano y fui incapaz de apartarme. Lo miraba conmovida, intentando entender qué estaba ocurriendo, a quién pretendía engañar con palabrería barata.

—No quiero hacerte daño. Solo arreglar lo nuestro.

—Pero estabas con ella en tu estudio...

—Sí, eso es verdad. Estaba con ella. Habíamos quedado esa misma tarde para firmar los papeles del divorcio —sonrió al ver mi cara de desconcierto—. Pero hoy algo que aún no has entendido. Liz es mi amiga. Siempre lo será.

Puede que hayamos dejado de querernos de esa manera, pero nos conocemos desde niños y nos tenemos cariño y respeto.

—Yo... —Estaba sin habla.

—Así que firmamos esos papeles y, después, cuando nos marchamos del despacho de abogados, decidimos celebrar el fin de esa etapa tomándonos una copa y rememorando viejos tiempos en mi estudio. Le hablé de ti, le conté todo... todo lo que estaba viviendo. Y te puedo asegurar que Liz tan solo se alegra por nosotros.

—¿Lo dices en serio? —Mi voz era un gemido.

—Te fuiste corriendo. No me dejaste explicarme.

—Mi abuela se había caído...

—Ya lo sé, me lo dijeron tus compañeros de piso cuando fui a buscarte más tarde.

—Y has venido hasta aquí —terminé por él.

—No podía hacer otra cosa, teniendo en cuenta que me bloqueaste y no coges mis llamadas de teléfono. —Tiró de mí y me rodeó la cintura con las manos—. Pero Cassie, tenías razón en una cosa: no es justo para ti que yo vaya siempre con frenos.

—Lo siento... —empecé a decir.

—No, no lo sientas. Déjame acabar. Como decía, tenías razón en eso. Mi matrimonio no funcionó y luego apareciste tu por sorpresa, pero ya es hora de que empiece a creer en las segundas oportunidades. Cuando me di cuenta de que podía perderte... comprendí lo estúpido que estaba siendo desperdiciando el tiempo contigo.

—Yo sí que soy estúpida. —Quería llorar.

—Tú eres perfecta, te lo aseguro.

Me lancé a sus brazos. No necesité más para rodearle el cuello y fundirme en un abrazo largo antes de apartarme. Nuestras bocas se juntaron con tantas ganas que nos faltó poco para quitarnos la ropa detrás de aquellos setos y dejarnos llevar.

Izan me mordió el labio antes de soltarme.

—Por cierto, ¿qué tal el primer contacto con tu familia? ¿Crees que me vetarán por Navidad o aún sigue en pie esa invitación? —Me miró sonriente.

—Te adorarán, seguro. —Lo besé otra vez.

Luego volvimos caminando hacia el hospital, pero cogidos de la mano. No podía dejar de notar las mariposas en el estómago aleteando con fuerza. Todo lo que siempre había deseado estaba justo a mi izquierda,

acompañándome en cada paso que daba. Cierto que llegar hasta ese momento no había sido un camino de rosas, pero había valido la pena. Y no podía esperar de las ganas que tenía de seguir adelante descubriendo qué nos depararía el futuro. Sonreí al recordar la sonrisa pícaro de la abuela cuando me dijo que hablase con él.

Al llegar al hospital, descubrimos que mi familia estaba agitada en la sala de espera.

—¿Qué ocurre? ¿Todo va bien? —pregunté preocupada.

—Más que bien, ha sido visto y no visto —anunció mamá—. Tu sobrino acaba de nacer.

Si pensaba que no me quedaban lágrimas, me equivocaba.

—¿Cómo está Marian?

—Bien, agotada, pero bien. Feliz. A Asher se le cae la baba.

Media hora más tarde, me dejaron pasar a la habitación para conocer a mi sobrino. Cuando lo vi me sentí la persona más afortunada del mundo. Era rechoncho, precioso, con las manitas diminutas encogidas en un puño y los mismos ojos azules que su padre.

—¿Quieres cogerlo? —Me animó Marian.

—Vale, aunque no sé si sabré... —dudé.

Izan me miraba fijamente mientras Asher me tendía al bebé. Lo acuné contra mi pecho y suspiré satisfecha cuando abrió su pequeña boquita rosada. Era increíble.

Noté que Izan se acercaba a mi lado.

Sus labios rozaron mi oreja.

—Te queda genial.

—¿Bromeas?

Lo miré conteniendo la risa.

Pero él estaba muy serio, como si acabase de darse cuenta de algo crucial e importante. Volvió a inclinarse y su aliento me acarició y me hizo estremecer.

—Es lo último que haría en este momento. Porque acabo de darme cuenta de algo, Cassie. —Hizo una pausa que me paró el corazón—. De que tú vas a ser la madre de mis hijos. Y estoy deseando disfrutar sin frenos de este presente que tenemos porque ahora sé que también habrá un futuro. —Me temblaban las rodillas—. Tranquila. No hay prisa.

—Eres impredecible —lo acusé.

—Solo intento estar a tu altura.

Nos sonreímos mutuamente y, allí, rodeada de esa familia mía que tanto quería, con el bebé más bonito en brazos y él a mi lado, me di cuenta de que la felicidad estaba al alcance de mi mano. La abuela había tenido razón.

—Bésame, chico de colores.

—¿Qué? —Frunció el cejo.

—Tú solo hazlo. Bésame.

—A tus órdenes.

Sonrió y luego sus labios sellaron nuestro destino.

FIN.

SERIE LA FAMILIA REED



NOTA DE LA AUTORA: Me preguntáis a menudo cómo podéis enteraros de las fechas de salida y estar al tanto de todas las novedades. Podéis encontrarme en Facebook o Instagram con mi nombre, allí os aviso de todos los proyectos que voy haciendo y anuncio portadas y sinopsis. Muchas gracias por leerme.

A continuación, os dejo el listado con algunas de mis novelas:

Serie Seduciendo...



Bilogía Tentaciones...



Serie Besos...



OLIVIA KISS

Besos #3

*Solo
un beso para
encontrarte*



Serie Chicas Magazine...

*La chica que
soñaba con
un anillo*



Olivia Kiss

*La chica
de los
deportes*



Olivia Kiss

*La chica
y la
bestia*



Olivia Kiss

*La chica
que perdió
su zapato*



Olivia Kiss

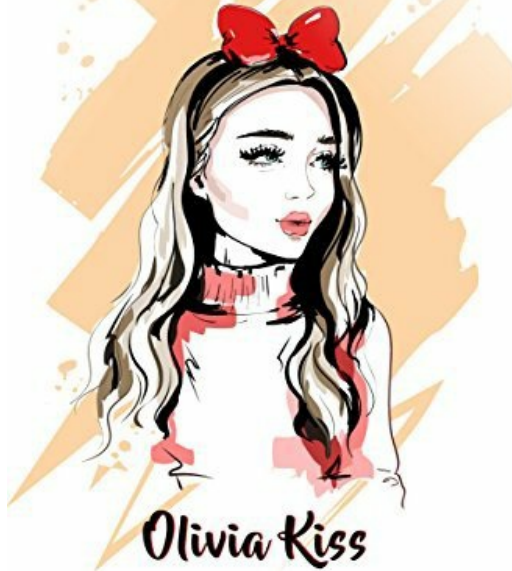
*La chica
que quería
ser princesa*



Olivia Kiss

Otras novelas...

Miss Manías,
tus secretos



Olivia Kiss

*Un viñedo
para
Allison*



Table of Contents

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

7

8

9

10

11

12

13